Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 4

San José, Costa Rica **1927** Sábado 29 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La quiebra de la civilización occidental

A través de un gran libro de Georges Duhamel

=De *Mercurio Peruano*, Lima=

Pocos documentos darán más tarde una impresión tan punzante de la hora de zozobra y de incertidumbre que vivimos, como las *Lettres au patagon*. Un hombre que tiene la audacia de ser íntegramente de su tiempo, denuncia ahí en forma todavía nueva, la quiebra de una civilización que la gran guerra no ha hecho sino poner en evidencia.

Por primera vez, Duhamel siente toda la intensidad de la tragedia en que se debate el mundo. En sus anteriores libros, una esperanza en el hombre ponía a su invectiva un acento optimista. Creía que una fe redentora iluminaría el mundo en un futuro más o menos próximo. Toda indulgencia idealista desaparece en esta obra. «El hombre, dice, no puede ser salvado, porque no quiere ser salvado».

La guerra no fué una causa. Ha sido sólo un síntoma. El mal que aqueja a la sociedad de nuestro tiempo no es sino la agravación de una enfermedad incurable. Tal sentimiento, latente en todas las páginas del libro, inspira una ideología desesperada. *Compagnons, Vie des Martyrs, Confesion de minuit, Possesion du monde*, son la experiencia de una contemplación simpática de la vida. *Lettres au patagon*, por el contrario, responde a una visión sombría, pero, acaso, más verdadera.

Bajo capa de ficción amable y risueña, Duhamel manifiesta libremente las graves ideas que le sugiere la locura de los hombres. El tumulto de una sociedad valetudinaria, el artificio y las promiscuidades de una civilización agotada, la vanidad falaz de la palabra, la vacía presunción de la ciencia, el juego estéril de la filosofía, la



mistificación diletante de los proveedores de arte, todo cuanto es digno de piedad y de compasión, halla en el libro de Duhamel una sonrisa amarga.

Esta sátira tiene un sentido nuevo. Por lo general, el censor habla en nombre de un ideal, de un orden, de un tipo de vida. Tiene un patrón conforme al cual mide a los hombres, las instituciones y las costumbres. Duhamel se despoja de todos los postulados de la civilización para ponerse al tono con el salvaje que lo escucha. Deja a la puerta las preocupaciones y prejuicios de su época, y entra solo, desnudo, simple, al hogar primitivo de su interlocutor. Contempladas de este modo, las incongruencias y contradicciones se acusan y adquieren proporciones inusitadas. Y la ironía se convierte en sarcasmo y la burla en desdén.

Es la actitud de las *Cartas Persas*. Sólo que Montesquieu estaba demasiado imbuído en el idealismo restaurador de la enciclopedia para poder abstraerse totalmente de su época. Jamás perdió de vista la concepción filosófica y política del siglo XVIII. Montesquieu deja hablar a Usbek y a Rica. Su sorpresa y su admiración nacen no sólo de los absurdos de la civilización europea, sino también de la comparación de dos tipos de cultura incompatibles. Usbek y Rica tienen un ideal que defender, un ideal que enfrentan al espíritu occidental. Duhamel se siente, por el contrario, desligado de todo, sin amor y sin odio, sin esperanza y sin temor. Solo entre los hombres. Sabe que el patagón no pertenece a ninguna sociedad ni representa un tipo de cultura ni defiende un credo ni tiene una

concepción de la vida. Y por eso va a él. Sin propósito preconcebido, sin ánimo de destruir, porque lo que deja no merece ni ser demolido. ¿Para qué? Toda restauración supone una vuelta al pasado, y en el pasado viven en germen los males del presente.

Cada carta denuncia un signo de regresión y decadencia. El verbalismo oratorio es síntoma de un mal que se acerca a su término. Atravesamos una época de desconcierto. Señal evidente es la amenazadora difusión de la dialéctica. Los grandes fenómenos políticos suscitan de un día a otro el milagroso talento de la palabra. Un país cae en la desgracia, habla. En todas las esquinas yérguense las tribunas y los oradores nacen de las baldosas. La oratoria aparece con las horas de adversidad como los buhos. Los pueblos felices no tienen oradores. No los necesitan. Reunir cien personas satisfechas para hacerles oír un largo discurso, es cosa inconcebible. Sería un rotundo fracaso. En cambio, qué fácil es agrupar las turbas oprimidas para hablarles de sus sufrimientos. La palabra tiene tal prestigio en la hora presente, que los que no la poseen están condenados a inacción absoluta, y deben renunciar a toda influencia, por más que atesoren méritos raros y respetables. La autoridad es asunto de lengua y de soplo. «Los intereses de un país están confiados a parlamentos, porque parlar es su única misión. El poder está en manos de un pequeño grupo de retóricos que han mostrado en las grandes circunstancias una laringe bien musculada. Dentro de tal régimen, sería sorprendente que las cualidades que se exigen de un magistrado, de un sacerdote o de un médico, no fueran desde luego cualidades vocales. Así son, en efecto; y a quien tiene el arte de saber proferir frases, se le perdona la falta de otros talentos. Con esto podréis adivinar cómo van las cosas en Auspasia».

La misma desviación que hace del verbalismo oratorio una fuerza social, convierte la ciencia en un sistema estéril de especializaciones unilaterales. Las fuertes concepciones primitivas tendían a abarcar una visión total del mundo. La realidad es una, y nosotros la fraccionamos hasta lo infinito en proporciones aisladas e inconexas. La verdad es vida y la ciencia la busca en la disolución y en lo inerte. Es la quiebra de nuestro saber.

Desde hace medio siglo, la consigna es esta: *¡especialización!* Un número infinito de obreros se ha puesto a la obra. Gusanos en un trozo de madera. Cada uno cava su agujero. Cada uno trabaja en su profundidad y en su noche. Cada uno se extenúa y agoniza en su prisión como un zorro asfixiado.

Tal esfuerzo de especialización conduce a estos servidores de la inteligencia a un saber inútil, desprovisto de toda conexión con el resto del dominio moral. El espíritu en este juego pierde lo que tiene de luminoso y radiante, de divino. Se animaliza, se degrada. Durante la guerra, el sabio Cresson, extraordinario manipulador de cifras, y a quien apasionaban las raíces cuadradas, había consagrado su genio a ciertos problemas económicos cuya solución daría la clave del desorden universal. Enamorado de las abstracciones, logró reducir la miseria de los hombres a un ingenioso sistema de ecuaciones. El día, decía, en que pueda hacer pasar el factor X al denominador, la guerra habrá terminado virtualmente. Pero he aquí que el factor X cambiaba constantemente de sitio, y la guerra continuaba. Pero Cresson no sufría la menor inquietud: el uso de los números inspira una confianza ilimitada. Tournebize, el biólogo, decía a menudo: tengo fundadas esperanzas de que Mahomet va a morir. Mahomet era un inocente conejo de la India, víctima de sus experiencias. Había inventado un suero, a través del cual contemplaba el destino del mundo. Si Mahomet muere antes del medio día, exclamaba, frotándose las manos, el fin de la guerra es cuestión de horas. Pero Mahomet no se moría, y la guerra continuaba. Esos dos monstruos de la inteligencia se entendían como podían hacerlo un iroqués y un malayo. Por lo demás, se despreciaban mutuamente, y no se dirigían la palabra sino en último extremo. Levy-Levaluois era un artillero, un pirotécnico inventor de la *levalita*. Había compuesto una voluminosa memoria para demostrar que era imposible, sobre nuestro planeta al menos, lanzar una bala de cañón a más de 40 kilómetros. Un día el enemigo construyó un obús que disparaba a cuarenta leguas. Hombre de conciencia, revisó sus cálculos, y convino en que se había equivocado en una fracción infinitesimal: ¡todo el error era suyo y no de las cifras divinas!

Cuando contemplamos el fracaso de estas formidables inteligencias no podemos sino mirar con simpatía a una juventud rebelde que se apresura a tomar sus puestos resueltamente. Adolescentes, apenas salidos de la escuela, conciertan un golpe de mano contra el orden establecido en las letras, en las artes, en la filosofía, en el espíritu. Ellos tienen razón. Pero los doctores alzarán gravemente la voz para enrostrar a la juventud el escándalo, la ingratitud.

Jamás una rebeldía habrá sido más legítima. ¿No ha abierto esa juventud los ojos para asistir al derrumbamiento de una civilización cuyos méritos y excelencias no os cansábais de ponderar? Las leyes que presentábais como modelos de sabiduría y de solidez se les aparecen hoy vanas e irrisorias. Todos los principios morales que pretendéis fortificar son cada día violados ante sus ojos por los mismos que tienen la misión de hacerlos respetar. Esa ciencia material, positiva, utilitaria, inerte, que pretendéis imponerle no tiene otra misión que inflamar el desorden. Esa razón cuyas reglas os obstináis en defender son precisamente las que gobiernan este mundo criminal y demente. ¡Ah, dejadlos descansar de esa pedantesca y temible tontería que llamáis el orden razonable! Y si es irracional, lo que piden, pues dejadlos entrar en el reino de lo irracional, que siempre será mejor que vuestra racionalidad infatuada!

Después de todo, la razón es la doctrina, y la doctrina no determina las grandes aventuras del espíritu. Siempre fueron tildados de locos los que trajeron algún bien al mundo. Las aventuras del espíritu no empiezan con la teoría: la teoría las corona. Cuando la doctrina se consolida, la experiencia ha terminado. Verdades venerables, verdades agotadas. Y no puede ser de otra manera. «Toda doctrina abre un sepulcro. Entre la teoría, certidumbre muerta, de un lado, y de otro, la duda activa, la búsqueda aventurera, no es posible vacilar. Yo compadezco a aquellos que, desde la aurora de su vida no escuchan el mensaje de lo desconocido y demandan un dogma, un nicho donde extenderse y dormir!»

El autor imagina al feliz patagón en el fondo de su cabaña. Al leer esas cartas que le llevan el eco de un mundo distante que su fantasía tuvo la debilidad de vestir, acaso, de los más vivos colores, una sonrisa de piedad contraerá sus labios. Sentirá la pampa menos árida y triste y el encanto de la soledad y del silencio irán ganando poco a poco su espíritu. Tal vez, algún día podrá adquirir la conciencia de que nunca desmintió su título de hombre ni cesó de ser individuo jamás; y la distancia y el espacio le permitirán entonces medir a los hombres y sus obras con esa clarividencia que los siglos confieren a las posteridad.

Y el autor envidiará su ignorancia, su soledad y su paz. Nacido en el tumulto de una sociedad desorbitada, sabe que esos dones le están negados irremisiblemente.

ALBERTO URETA

Lima, 1926.

Mi querido don Joaquín:

Mis mejores deseos para el año que comienza.

Le envío, junto con ésta, un ejemplar del último número de *Mercurio*, que recibirá antes de los que se le envían por la Administración. Encontrará ahí un artículo mío: *La quiebra de la civilización occidental (A través de un gran libro de Georges Duhamel).* Tengo interés en su difusión. Si no tiene inconveniente reprodúzcamelo en su REPERTORIO. Gracias anticipadas; y créame siempre su afmo. amigo,

ALBERTO URETA

Enero 2 de 1927.

S/c: La Paz, 53. Miraflores. Lima. Perú.

Armando Chirveches

Noviembre 20 de 1926.

Señor Joaquín García Monge

San José.

Mi querido amigo:

El más grande novelista boliviano, quizás, Armando Chirveches, se ha suicidado...

Fui su compañero, y, a nuestra vieja amistad, dedicó él su último artículo para la prensa. Yo, abrumado, escribí otro, también ligero como el de Armando, contando algo de su vida...

Le incluyo ambos escritos. Usted verá lo que hace de ellos; pero el mío quisiera que lo publique usted en el Repertorio *para que en América se sepa algo de la vida de un escritor probo y desgraciado.*

Cordialmente,

A. Arguedas

Novelas de Chirveches:

Celeste
La Candidatura de Rojas
Casa solariega
La Virgen del Lago
Flor del Trópico
A la Vera del Mar

Nunca, nunca olvidaré esta charla telefónica.

—Tengo que darle una mala noticia, compañero... — resonó, grave, la voz de mi amigo Adolfo Costa.

—¿Cuál?—y el corazón se me encogió.

—Armando Chirveches se ha suicidado...

—¡Pero nó!—grité—no es posible...!

—Sí...

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Antier... Dos balazos en el corazón.

—¿Y por qué?

—Nada se sabe...

—Yo acabo de recibir una carta de él...

—¿Y qué le dice?

—Que me manda su novela, *La Virgen del Lago*... ¿Ha dejado algo escrito?

—Dos cartas: una para su hermana y otra para don Ismael Montes...

—¿Y qué le dice al señor Montes?

—Dicen que nada de particular...

—¿Pero por qué, por Dios?... ¿Por qué?

—¡Quien sabe!... No deja nada, nada... En su cartera, un billete de mil francos, y es todo... Yo he querido hablarle para prevenirle y que la cosa no le tome de sorpresa... ¡Eran ustedes tan amigos!... Adiós, compañero!...

Y ahora tengo miedo; estoy casi aterrado.

Nó. Mi amigo no ha querido matarse; no ha pensado en matarse. Aquí, sobre mi mesa, tengo su última carta. La escribió el 26 y yo la recibí el 27, antier. Me anunciaba el envío de su novela y me pedía que le acusase recepción. Y un hombre que ha decidido suicidarse no pide respuesta a una atención. ¿Para qué? ¿Qué importa ya nada si el bien más grande que conocemos, o el mal, la vida, la suelta así, como un andrajo sin valor?...

«Le ruego», dice... Ni siquiera pide; ruega... «Le ruego acusarme recibo»...

Es cosa grande la amistad y por lo común se manifiesta con pequeños detalles; pero en las circunstancias solemnes jamás se piensa en ellos. Y este detalle, nimio y acaso superfluo porque el libro venía en paquete certificado, me hace pensar que mi amigo estaba aun distante de la muerte.

Sin embargo, hay en su carta otras dos frases que turban:

«No he vacilado en hacer estas ediciones y reimpresiones para que al menos quede mi obra literaria»...

Al menos...

Es la frase dolorosa del que sabe que al irse no ha de dejar acaso nada que le recuerde como hombre, porque no ha creado familia, con él se extingue el nombre y casi no tiene amigos.

«Ojalá sea así»—agrega escéptico y con penetrante tristeza; mas el anhelo deja ver que su labor ha concluído, que nada espera ya de la vida.

No hay duda, entonces. El término había llegado para él. Su deuda consigo mismo, con sus afanes de estudioso, estaba honorablemente saldada.

Ahora me explico las originalidades, o, mejor, las desviaciones de su carácter.

Yo le conocí, hace más de veinte años, sociable, mundano, enamoradizo, chispeante, alegre, elegante. Tenía la risa fácil y agudo el chiste. Con sus aventuras sentimentales tejió la trama de algunas de sus novelas... Ahora, ya en la madurez de la vida, aparecía esquivo, huraño y agrio. No quería ver a nadie ni conocer gente nueva.

Un día, hará dos años, caminábamos juntos por el bulevar y al pasar por frente al *Napolitano* ví que Gómez Carrillo estaba sentado, solo, en el interior del café, junto a una mesa próxima a la ventana. Como sabía que a mi amigo siempre le habían interesado las gentes de letras y se divertía conociendo sus andanzas, le dije:

—Mire, Armando: Gómez Carrillo está solo en su café. Es un conversador delicioso. Venga, se lo presentaré.

—¡Ah, nó!... No me presente a nadie!...

Lo dijo con tal viveza e hizo tal gesto de defensa y como de repulsión que no me atreví a insistir. Y entonces supe que mi amigo atravesaba una honda crisis de misantropía, o se había exacerbado en él esa natural repulsión que ciertas honestas gentes experimentan para frecuentar el famoso mundo literario tan lleno de trampas y que más parece caverna de fieras enceladas...

Era él de los pocos, de los contados escritores que no piden, ni intrigan, ni adulan y menos practican la conocida maniobra del aplauso con cargo de reciprocidad, hoy moneda de corriente uso; y si en alguna ocasión alguien en Europa habló de sus obras, él permaneció ajeno al acto. Por eso pocos y contados le conocían.

Y, sin embargo, pudo ser un triunfador. Pudo, con un poco de diligencia y otro de impudencia, arma en uso, llegar a donde otros no alcanzan ni aun postrándose al pie de los ídolos del día, quemando con humildad su incienso o haciendo piruetas y gestos para distraerlos de su cansancio, porque una de sus novelas, la mejor sin duda, *La Candidatura de Rojas*, conoció favores que ningún autor hispanoamericano obtuvo, que sepamos, para sus obras, porque ocupó el folletín literario del más grande periódico francés, grande en todo sentido, *Le Temps* y después apareció en volumen en la colección de los mejores novelistas extranjeros de la casa Hachete, junto a las obras de Dickens, Goldsmith, Tolstoy. etc. etc.; y esto sin solicitarlo, ni siquiera buscarlo.

Hace ya de esto doce años y Chirveches permaneció ajeno a su fortuna, acaso sin darle importancia.

Fuí yo, en 1914, que al pasar por Río Janeiro donde Chirveches estaba de Encargado de Negocios, desplegué, antes de que el barco atracase al muelle junto al que me esperaba mi amigo, como bandera de conquista, *Le Temps*, con el primer folletín de su novela, en primera página. Creí darle así la mejor alegría de su carrera de escritor; pero permaneció casi impasible, pues sólo se le encendieron los colores del rostro y por sus labios finos vagó una sonrisa discreta y distante, que podía ser bien de satisfacción o de despego...

Cuando, años después, volvió a la tierra para ocupar la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, ya se hacía notar su cambio de carácter, marcando preferencias a la soledad y al aislamiento. Sus subordinados se quejaban porque se mostraba desabrido, grave y austero, pero tenían que obedecerle porque les daba ejemplo de puntualidad y circunspección. Atribuían su constante desabrimiento a la sordera que le había atacado en uno de los oídos y él trataba de ocultar su desgracia como una tara vergonzosa evitando en lo posible alternar con la gente.

El mal físico engendró en él dolencia moral; ciertas contrariedades y terribles desgracias de familia, exacerbaron su herida; el manejo inescrupuloso e indolente de sus modestos bienes acabaron por hacerle adquirir un concepto desgraciado de los hombres.

Vino a Francia al concluir la guerra, como secretario de la Legación encomendada al señor Montes; pero su empleo fué corto porque a poco estallaba en Bolivia la revolución de 1920, la «gloriosa» del republicanismo y él tuvo que volver al país.

Y entonces ocurrió algo que abrió honda herida en su alma torturada. Ocurrió que las gentes encumbradas con la revolución y que se habían levantado protestando contra las viciosas prácticas del régimen libe-

ral, cayeron en abusos más inicuos todavía. Los libertadores se trocaron en tiranuelos; los que ayer proclamaban una honradez sin pruebas y condenaban errores y faltas de los liberales, convirtieron las funciones de gobierno en mercado de cínicos y vergonzosos negociados. Gentes sin fortuna y que vivían a expensas de los honestos magnates que imprudentemente fomentaron la revolución, en menos de dos años de poder vivían en casa propia y gastaban automóvil...

La revolución, decían los revolucionarios, se había hecho para reconquistar las libertades violadas. Y gobernaron con constante estado de sitio, desterrando a todos los adversarios políticos, violando en correos y telégrafos la correspondencia privada, suprimiendo todos los periódicos de oposición. Y estas cosas inmundas se hacían bajo el gobierno de un antiguo universitario, de un profesor, de un publicista autor de libros sobre la buena manera de gobernar a los pueblos...

Chirveches fué vejado, herido, insultado. Se le despojó de su correspondencia privada y se le requisaron sus maletas como a un vulgar contrabandista de opio... Cayó enfermo, grave; y hubieron de sacarlo en tren expreso de La Paz, la ciudad alta de los yermos y conducirlo a la costa.

Quedó en Antofagasta varios meses. Entonces esa ciudad del salitre estaba llena de proscritos políticos, de gentes sin recursos y que malvivían soportando con bella heroicidad privaciones de toda clase, materiales y del alma. Chirveches se mostró reservado, distante con ellos y se atrajo su despego porque las miserias del exilio siempre agrían los caracteres y la vida en común, en vez de ligar a los seres, los separa.

Chirveches—me lo contó él mismo—fué un aislado entre proscritos y buscó alivio a sus quebrantos haciendo frecuentes viajes a la bahía de Mejillones con objeto de documentarse para escribir su novela, *A la Vera del Mar*, sarcásticamente dedicada «a todos los bolivianos que no conocen Mejillones» y que se desarrolla en ese paraje y a bordo de un viejo barco admirablemente descrito por el novelista. Los connacionales, achacando sus ausencias al deseo de no participar de sus aflicciones, inventaron una infamia para empañar la limpieza de su vida íntima y privada, siempre irreprochable.

Lo supo Chirveches y resolvió huir de ese medio envenenado por la suspicacia y la maledicencia.

Se vino a París; pero traía rota el alma, perdida su fe en los hombres y resuelto a ver un enemigo en cualquiera que se le aproximara.

Ya contó mi amigo en la *Revue de l' Amerique Latine*, número de setiembre, las circunstancias de nuestro primer encuentro en París. Me escribió anunciándome su llegada y, naturalmente, fuí a verle sin perder tiempo. Le agradó mi diligencia pero no me la hizo ver. Al contrario: lo noté reservado, poco expansivo, huraño casi. En lo único que se detuvo fué en contarme sus malaventuras en La Paz y Antofagasta y al evocar esos recuerdos ingratos se le quebraba la voz y su gesto era duro, amenazante. Se le sentía sufrir e indignarse y sólo volvía a la calma cuando evocaba el nombre de nuestro amigo común, Juan Francisco Bedregal, muy querido de los dos.

Yo recogí una impresión penosa porque pensé que mi amigo daba importancia extrema a cosas que por ordinarias y feas deben olvidarse pronto y despreciarse siempre. Y era sólo mi egoísmo que me hacía pensar de la suerte... ¡Ah, no poder nunca presentir cuándo las almas se encuentran realmente desamparadas! ¡No saber exactamente cuándo palabras simples, gestos bondadosos, un cálido apretón de manos podrían ser para un corazón como lluvia para planta que se mustia en un desierto de arena quemada por el sol...!

Porque en verdad, nunca deja de venir la hora, el minuto, en que el hombre, cualquier hombre, ha de tender la mano a otro para que le ayude, y desgraciado de él si su gesto de desamparo no es comprendido...!

Es que, después de todo, cada uno de nosotros anda metido cuerpo y alma en lo suyo, entregado a sus propios afanes, a sus andanzas tras el placer, el dinero, el éxito, la fama, o lo que sea, y vive solo, eternamente solo. Pero esa soledad para un hombre enfermo como mi amigo, esa soledad en país extraño, entre gentes indiferentes y distraídas era enorme y no tenía consuelo...

¡Cómo mi amigo debiera sentirse así, solo entre gentes con quienes se vive únicamente la vida de la materia y sin que en ellas hallen eco las aspiraciones del espíritu; cómo esa alma dolorida debió sangrar y arrastrarse entre escorias y pedruscos... ¡Y no saberlo!... ¡Y no adivinarlo!...

Contadas eran las personas a quienes Chirveches veía en París; creo que éramos sólo dos: el señor Montes, ese gran incomprendido y yo.

Cuando me vine a vivir al campo, hace ya más de un año, le invité a visitarme y le escribí diciéndole que para sentir menos fatiga del viaje se acompañase de dos amigos comunes y los dos muy buenos de él. Su respuesta del 14 de octubre de 1925, me intranquilizó:

«Aunque desearía ir a visitarlo a su casa, ha de ser difícil que lo haga, pues el viaje supone un madrugón... Además, hace tiempo que no veo, ni hay probabilidades que vea, a ninguno de los señores con quienes usted me indica que vaya»...

Se nota aquí al escéptico y al desengañado. No emplea la palabra *amigo* para designar a sus amigos; los llama, acaso desdeñoso, *señores*.

Meses después insistí en mi convite y le propuse venir en campaña de otras personas, creyendo que con aquéllas se hallaba distanciado. Y ahora su respuesta fué categórica y desolada. Es del 18 de abril de este año:

«Respecto a mi visita, no obstante el deseo que tengo de conocer su propiedad de Cuilly, en la que escribe usted, alejado del mundo, su monumental Historia, creo que habrá que dejarla para cuando su familia esté allí, *pues* (yo subrayo) *no tengo amigo alguno* con el que pudiera serme agradable hacerme acompañar»...

No insistí ya más. Había que dejarlo tranquilo, no importunarlo, pues bien se veía que el contacto con gentes que no fuesen realmente de su aprecio le era insoportable. Y esta aversión, esta ansia de soledad que en los seres normales indica buen temple de ánimo o es calmante para dolores y quebrantos del espíritu, en un hombre enfermo como Armando sólo mostraba el desequilibrio de su alma, cierta perturbación de todas sus facultades.

Es en esos días que me envió su nueva novela, *Flor del Trópico*, sin dedicatoria. La leí y me pareció floja. Creía que al autor de *La Candidatura de Rojas* había derecho de exigirle algo mejor. Y cometí la torpeza de decírselo así en carta, es decir, cometí una mala acción porque la sinceridad es droga a usarse con infinitas precauciones y quien la prodiga sin discernimiento puede ser tan responsable como el médico que se equivoca en una dosis tóxica y mata a su enfermo.

Chirveches se sintió herido; mas su afecto le hizo disimular el dolor. Me dió su queja, sin embargo:

«No me sorprende que el libro no le haya gustado, pues, como es usted autor serio, la obra leída de prisa debe haberle parecido frívola... Creo como todo el mundo, que me planté definitivamente en la *Candidatura de Rojas*. Muy difícil será que viejo y sin energías produzca nada mejor que lo que hice cuando era joven y cuando mi situación era muy diferente que la que se me ha creado»...

¡Viejo a los 45 años!... Pero sí; estaba viejo, porque se sentía. Y los años, aun siendo pocos, relativamente, no significan gran cosa cuando él que los lleva los siente pesar, inaguantables, en todo su ser. Así y todo, se le veía bien, físicamente, es decir, aún joven, porque sólo algunas canas lucían por las sienes y el bigote... Vejez y ruina llevaba por dentro mi amigo...

Al fin vino a esta mi casa campestre. Era un día de primavera, frío, húmedo y oscuro. Quisimos hacer un paseo por el campo y la lluvia nos obligó a encerrarnos en mi estudio. Y allí, mientras lloraba el cielo, nos pusimos a evocar recuerdos de juventud.

El viaje no debió parecerle muy largo, como temía, o quizás halló algún alivio en el afecto que se le prodigaba, porque poco después me escribía anunciándome espontáneamente, lo que me agradó, una segunda visita. «Tengo una sorpresa para usted»—añadía en su carta.

La sorpresa era su nuevo libro, *A la Vera del Mar*, mejor, a mi gusto, que el anterior. Tampoco llevaba dedicatoria.

Es a raíz de esta visita que escribió su artículo de la *Revue de l'Amerique Latine* en que refería algo de nuestras charlas y sus impresiones del ambiente de esta localidad casi desconocida para los habitantes

de París, no obstante su relativa proximidad. Era un artículo de periodista, como éste mío, hecho a la ligera, pero en el que se advierte cariño por el amigo. Fué lo último que escribió. El original castellano me lo envió a los pocos días con breves líneas de carta:

«Se lo envió para que haga de él el uso que quiera. Usted verá si debe conservarlo, o, roto, arrojarlo al canasto de papeles inútiles»...

Aquí también, en esta última frase, salta el dejo de recóndita amargura por la incertidumbre de no saber acaso inspirar sincera simpatía en nadie o depositar la suya en quien no la merece. Se siente solo y sin afectos, preterido quizás y seguramente incomprendido.

Le agradecí su obsequio, como pude, aunque haciéndole notar su despreocupación de foliculario:

«Mi viejo amigo Chirveches al venir a visitarme, después de muchas vacilaciones, lo había hecho en su carácter de periodista zumbón y algo despreocupado. Por eso la malicia de su crónica»...

Ahora también, ¡ay!, incomprensivo, herí con torpeza las sutilísimas cuerdas de su sensibilidad exacerbada. Y aunque ya no vi a mi amigo, ni le veré nunca más, su carta, su última carta en una última línea, me hizo ver que mi velado reproche se había clavado como saeta en su corazón:

«No me crea—me escribió—tan despreocupado y zumbón como usted supone. Todo lo contrario...»

Esta carta es de hace cuatro días, del 26 de octubre. El 28 se mató mi amigo...

Se mató acaso el mejor novelista boliviano, hasta hoy...

Alcides Arguedas

Cuilly, octubre 30 de 1926.

Alcides Arguedas

La segunda vez que vine a Europa, encontré a Alcides Arguedas como Cónsul de Bolivia en París, donde me hallaba transitoriamente. Tuvo la gentileza de ir a verme al saber por una esquela mía mi llegada.

De regreso a Francia lo busqué a mi vez. Estaba de nuevo entregado a sus aficiones histórico-literarias, no obstante las atenciones múltiples del trabajo burocrático.

Aunque no pertenecía, como creo que nunca perteneció a ninguna capilla literaria, cultivaba siempre, según me dijo, las amistades de Unamuno, Gómez Carrillo, Lesca, Martineche, los García Calderón, Zaldumbide, Barbagelata, etc., de muchos de aquellos en suma que representan en París el pensamiento hispano-americano.

Poco después, por escrúpulos políticos renunció su situación oficial y fué a esconderse en un pueblecillo de la *banlieu* de París, en Cuilly.

Recibí una carta invitándome a ir a verlo. Era invierno y el frío me arredraba. Fuí en primavera y conocí con un poquillo de envidia el refugio encantado en que vive consagrado a sus labores de benedictino el valiente autor de *Pueblo enfermo.*

Me hizo pasar a su chalet arreglado con sencillez campesina y su huerta que se extiende junto a una elegante iglesia gótica del siglo XII, cerca de la cual construye un campo de tennis.

Almorzamos alegremente y después, con la expansión propia del viejo amigo que prologó mi *Candidatura de Rojas* (edición Ollendorff) hablamos de bellas letras, recordamos incidentes de nuestra vida literaria, me mostró un archivo en el cual ha clasificado cada uno de los hechos y cada uno de los hombres que han formado nuestra historia, dos o tres novelas inéditas, una de las cuales no podrá publicarse sino a su muerte (que me perdone la indiscreción) y su *Diario*, cuarenta volúmenes manuscritos: una enormidad.

Admiré el método, el orden, la constancia del esfuerzo de Arguedas y comprendí que es merecida la estimación que por él se tiene en Bolivia—pese a sus detractores—y no obstante las duras verdades que nos ha dicho y que probablemente continuará diciéndonos...

Felizmente nuestra plática política fué corta y volvimos a conversaciones gratas, a nuestras aficiones de arte. Evocamos tiempos más felices, aquellos en que siete amigos escribíamos por turno en un diario de La Paz; su viaje a París, donde completó su cultura y donde comenzó sus estudios sociológicos, su permanencia en España, la publicación de *Wata-Wara*, trágico idilio indígena, boceto de su *Raza de bronce*, que es casi un poema aymara.

Hablamos también de una opinión vertida acerca de Arguedas por Ostri Gutiérrez, el autor de *La Casa de la abuela*, que censura a aquél su falta de casticismo, con lo que nuestro autor no está conforme.

La verdad, creo que Arguedas no es un purista; pero que cuando quiere escribir bien, escribe bien, en un estilo moderno, un poco trabajado, pero lleno de matices. No es posible juzgarlo como escritor por algunas de sus obras hechas de prisa.

Bajamos al jardín de nuevo, recorrimos una vez más los senderos llenos de arbustos, nos detuvimos delante de cada árbol frutal, cuyas ramas corrían muchas veces a lo largo de un muro, lo que contribuye según me lo dijo Arguedas, que profundiza la horticultura, a aumentar la produción y entonces me convencí de que al mismo tiempo que un trabajador y un hombre práctico Arguedas es un poeta. Deduje tal conclusión cuando me mostró la iglesia situada a cierta altura, destacándose admirablemente entre el cielo y la huerta, con esta exclamación en cuyas palabras se notaba la sinceridad: «la sola contemplación de esta joya artística es un placer; ese es el mejor ornato de mi propiedad».

Indicóme luego otra excelencia de ésta. Su casa y su huerto no tiene colindantes. Los muros dan sobre la plaza de Couilly y sobre tres calles.

Fuimos luego a visitar la «Maison de Retraite des Artistes», retiro de artistas dramáticos fundada por Coquelin el mayor, el parque que contiene su tumba y el teatro de estilo griego contiguo a ambos que se halla a medio kilómetro de distancia. La casa estaba cerrada lo mismo que el teatro, pero pudimos admirar la fachada y el jardín cuyo intenso verde contrasta con la blancura del edificio que hay al fondo.

Deambulamos aun largo rato, hasta que sorpendidos por la lluvia nos refugiamos en su casa habitación. El tiempo gris, el cielo encapotado de bajas nubes, los recuerdos que habíamos evocado, pusieron triste a Arguedas que, lo que ya se había repetido antes, me dijo que creía vivir poco.

—Temores infundados—exclamé. Nervios o *surmenage.* Trabaja usted mucho, Arguedas. Deje un poco su historia, sus novelas y su archivo, olvide su biblioteca y conságrese más al campo. Y si esto no basta, váyase a una estación de aguas donde viva alejado de los libros, o con el propósito de no tomar la pluma en algún tiempo.

—¿A dónde quiere que vaya?—interrumpió.

—A Bains-les-Bains en los Vosgos, o a Bagnoles de l'Orme en Normandía, respondí.—Ya sabe que el hombre tiene la edad de sus arterias y que las aguas en una u otra estación termal rejuvenecen y vigorizan las venas.

—Seguiré su consejo—agregó—Iré a Bagnoles.

A las cuatro, la hora de partir, me despedí para tomar el tren de París, llevándome una impresión grata de la casa y la huerta en que Arguedas sueña y escribe, en Francia, la Historia de Bolivia.

Armando Chirveches

La voz de los mayores

El camino al Norte

Costa Rica está situada en uno de los puntos más favorables del mundo. Los trópicos perennemente derraman sobre ella ricos y variados dones de la naturaleza, y los océanos Atlántico y Pacífico bañan sus costas, y le ofrecen, por tanto, fácil comunicación con todos los pueblos de la tierra. Pero la vecindad del Atlántico es entre todas sus ventajas la más sobresaliente, porque ese mar ha sido y es en el mundo la ruta comercial por excelencia: sus aguas ponen en inmediato contacto a los más grandes emporios del comercio y de la industria; es el mar de la riqueza y de la civilización.

Así lo comprendieron desde antaño los preclaros servidores de Costa Rica. Un camino al Norte, esa fué su más noble y levantada idea, esa su más ferviente aspiración. El Gobernador don Gregorio de Sandoval, allá en los tiempos de la Colonia y el Presidente don Braulio Carrillo en los comienzos de la República, beneméritos fueron, cuando con acierto de profetas enderezaron sus sentidos y potencias hacia las aguas del Atlántico.

Pero, ¡oh infortunio! cerróles el paso la inclemencia de las estaciones; la insalubridad del clima, las abruptas peñas, los anchurosos ríos, y fracasaron y quedaron olvidados sus meritísimos proyectos. A partir de aquel último desastre nadie aquí pensó más en el Atlántico. Volvió entonces a inspirar el camino al Norte en el vulgo de la gente las más siniestras impresiones: era la brecha abierta a la correría de los piratas y al trajín de los feroces zambos; era la sepultura de los caminantes y la ruina del Erario; era, en fin, la empresa negra de este país. De aquel frustrado empeño, sólo quedaron permanentes los recuerdos de las vidas y dineros que costó. El país era muy pobre, y no pudiendo soportar la magnitud de tamaña empresa, siguió por la mezquina ruta del Pacífico, y vegetó.

Así trascurrieron largos años en espera de quien, tocadò de alto patriotismo, vino a romper el obstáculo que la vuelta por el Cabo de Hornos o las voraces tarifas del Ferrocarril de Panamá ofrecían al progreso de Costa Rica. Y cupo al presidente don Jesús Jiménez la honra inmarcesible de combatir aquel obstáculo, resucitando y poniendo en ejecución la extinguida idea de ir al Atlántico en demanda de más amplios y propicios horizontes para los costarricenses. El fué, ciertamente, el nuevo paladín y primer operario de aquel nobilísimo proyecto. Modesto y prudente, quería una carretera a Pacuare y un Ferrocarril de Pacuare a Limón, es decir, quería la construcción de un camino hacedero con los recursos propios del país, que no agotara las fuentes fiscales ni las fuerzas productoras de la Nación. Pero los intereses creados por el lado del Pacífico, los acaparadores del comercio, los cargadores de buques, los agiotistas, los émulos políticos, unísonos clamaron en contrario, desatando sobre el atrevido mandatario grandes y peligrosas tempestades, en una de las cuales, por fin, lograron derribarlo. Y cuando la revolución puso término a su carrera política, quedaron por testimonio de su empeño predilecto, varias leguas de macizas ramplas a lo largo de selvas seculares y de altas y escarpadas cordilleras, quedaron buenas ofertas para la construcción del mencionado tramo de ferrocarril, y sobre todo, quedó vivo en el país el prestigio de aquella redentora idea.

Tocó al General Guardia la gloria de dar poderoso y eficaz impulso a la apertura del camino, sólo que él, influído por el ardimiento natural de su carácter, llevó la empresa por nuevos y arriesgados rumbos: acudió al crédito público, levantó en Londres un empréstito, abrió el camino, pero sumió al país en deudas de insondable fondo. En efecto, por razón del camino al Norte pesan hoy al Debe del Erario Público, con peso abrumador, más de dos millones de libras, y a espaldas de los costarricenses, con infinito descrédito, el peligro de deberlas y no pagarlas, y la vergüenza de la insolvencia.

Abierta está, pues, desde hace veinte años la comunicación con el Atlántico, construído está el Ferrocarril y es hora, por lo tanto, de investigar y aquilatar sus positivos resultados, para ver si corresponden a las risueñas esperanzas, y a los enormes desembolsos, y a los magnos sacrificios de los costarricenses.

Hagamos cuentas. El país ha doblado el número de sus habitantes, ha ensanchado el perímetro de sus principales poblaciones, ha embellecido su capital, ha llenado de confort sus habitaciones; ahora hay más chic en el vestir, más literatura en el hablar, más desenvoltura en las costumbres; las ciudades están más en contacto y se acabaron las rencillas lugareñas; el dinero rueda con rapidez vertiginosa, se acabó la economía; los Gobiernos se cuidan con mayor cautela y se acabaron las revoluciones; indudablemente, hay en todo más civilización; pero a vuelta de esas otras ventajas semejantes a las cuales quizás haya dado impulso generador la obra del ferrocarril, hay en contra mayores dificultades para ganarse la vida, porque ni se han abaratado los consumos ni se han abierto nuevas fuentes de producción nacional: el cultivo del café, estacionario, sigue siendo la piedra angular del edificio. Los negocios, es verdad, tienen ahora mayor volumen, pero menor sustancia, ya no se levantan del polvo de la tierra capitales como Aguilar, Tinoco, Troyo, Peralta, Fernández. Y es porque sobre la agricultura y el comercio pesan gravámenes enormes. Los altos fletes y las taxas fiscales acaban con nosotros. ¡El ferrocarril y el Erario!, he ahí la doble esfinge de abiertas e insaciables fauces.

El Erario, porque necesita mantener y dar pávulo a nuestra mayor cultura, y el ferrocarril, porque cayó en manos despiadadas de extraños y voraces negociantes.

Reseñados quedan, pues, a grandes rasgos los beneficios directos o indirectos que del ferrocarril han derivado los costarricenses, pero sin embargo, quedaría trunca la reseña si en ella no se mencionara el rápido desenvolvimiento de la Comarca de Limón, porque de cierto modo, geográficamente, es cosa que nos toca muy de cerca.

Ciertamente, entre los frutos que nos trajo el ferrocarril, el de mayor valía ha sido y es el banano, ¡banano!, generador munífico del espléndido auge del Limón. Él, nutrido por el humus que los siglos acopiaron, refrescado por las brumas sempiternas del Caribe, vivificado por radiante sol, encontró allí su más propicio y exclusivo suelo: creció altanero y fructificó prolífico. Él, como por arte de encantamiento, hizo

brotar de la frondosa selva campos de producción, y del mortífero pantano higiénicas aldeas, y de la desierta playa magnífica ciudad. Él, él hizo allí transformaciones admirables a manera de milagro.

En verdad, la industria bananera, originada por la obra del ferrocarril, ha enconcontrado en nuestra Costa Atlántica el lugar propicio para su desarrollo. No hay en los trópicos lugar que para ello supere a Costa Rica, y quizás ninguno que le iguale. No es jactancia, los hechos y los números están confirmando tal aserto. En efecto, la industria bananera si bien se mira, está hoy monopolizada por la Compañía Frutera de Boston, y, por lo tanto, para apreciar los rendimientos del negocio, basta conocer las utilidades de la Compañía. Esas utilidades son grandes, enormes, maravillosas. Pruebas. Pues según documentos auténticos correspondientes al año de 1906, el capital de la Compañía, invertido en Costa Rica en el negocio propio de bananos, monta a $ 1856.075.59 oro americano, y la utilidad limpia y neta, habida en el año, y proveniente de la producción, compra y venta de 8.800.000 racimos de bananos costarricenses, asciende, ¡oh prodigio! asciende a $ 1041.525.00 oro americano. Es decir, un 56₀/⁰ de ganancia neta en el año.

¡Cincuenta y seis por ciento! ¡Oh minas de Ophir, oh Golconda, oh tierra de Jauja!, cuán miserables fuisteis en comparación de esta tierra bananera, llamada desde antaño, proféticamente, la Costa Rica!

Sí, razón tuvieron aquellos nuestros viejos próceres cuando al explorar las llanuras de la Costa Atlántica, ponían en ellas toda su esperanza, y cuando al construir el camino que las habría de habilitar, ponían en él todos sus empeños, todos los recursos del Erario, todos los arbitrios del crédito, todos los sacrificios imaginables: vidas y haciendas. Razón tuvieron, porque no se imaginaban que de aquellos favores singulares que atesora la Comarca, iban a disfrutar, no los costarricenses, sino los advenedizos, los extraños, los magnates de Boston, que sentados en el áureo trono del monopolio, bajo el dosel de la codicia, y sobre el pavés de la fortuna, cubiertos con el manto señorial de trescientos sesenta y seis mil acres de tierra, empuñadas sus manos con el cetro que gobierna veintisiete mil empleados, ceñidas sus frentes con la diadema deslumbrante de veintiseis millones de oro, espléndidos, magníficos, soberbios, apenas sí se dignan conocer a Costa Rica en el Mapa Mundi.

Y es el camino al Norte, es el ferrocarril, la causa original de esa ajena venturanza y de esta propia penuria; es el ferrocarril que con tacaña mano concedió algún menguado favor a los costarricenses, y que, por arte de las combinaciones, trocó aquí en millonarios a los pobres de allá. Es el ferrocarril; y sin embargo, por razón del ferrocarril, llevamos a cuestas todavía el peso de dos millones de libras que estamos debiendo en Londres.

Oh no, esa deuda inglesa, esa deuda proveniente del ferrocarril hay que pagarla con lo que dan los bananos. Eso pide la justicia, porque de nó, maldigamos del camino al Norte y de la hora en que nacimos en esta faja de tierra, colmada de dones por el fecundo trópico y arrullada por las olas de los dos más grandes mares del mundo.

Manuel J. Jiménez

(Tomado de *La República*, N.° 7008 de 1.° de mayo de 1907).

Fragmento

de la exhortación hecha a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y del Colegio de Señoritas en la mañana del 15 de setiembre de 1921.

...Lo erigieron [1] los mayores para advertirnos que la libertad hay que conquistarla y reconquistarla continuamente, que sólo se pierden los pueblos que se cansan de ser libres; porque si importa saber cómo fuimos libres, importa más saber cómo conservarnos libres, cómo mantener en asta firme la enseña de los libertadores: el problema que ellos resolvieron en el 56, sigue siendo nuestro problema. Para advertirnos que no basta haber heredado de nuestros abuelos la tierra que fué de ellos, sino conservar y cuidar la que será de nuestros hijos: porque los viejos supieron que uno de los ineludibles deberes del hombre y del ciudadano es la conservación, a todo trance, del suelo nativo; sin él no hay libertad económica y sin ésta no hay soberanía posible. La tierra libre es la que sustenta a hombres libres. Los pueblos que venden sus tierras porque ya no quieren, no pueden o no saben cultivarlas con estudio y cariño, de propietarios se tornan en inquilinos. Es digna de la escultura esta previsora y saludable advertencia del profeta Martí a sus pueblos de América: EL SUELO ES LA ÚNICA PROPIEDAD PLENA DEL HOMBRE Y TESORO COMÚN QUE A TODOS IGUALA, POR LO QUE PARA LA DICHA DE LA PERSONA Y LA CALMA PÚBLICA, NO SE HA DE CEDER, NI FIAR A OTRO, NI HIPOTECAR JAMÁS.

J. García Monge

Noticia: A propósito de este discurso, en carta al autor, de setiembre 17 de 1921, fechada en Cartago, el actual señor Presidente de la República le decía, entre otras cosas: «*...y entrega a la admiración una obra que no desaparecerá con el momento y que será leída y releída con entusiasmo por los costarricenses*».

Justifique tan alto parecer la reproducción del fragmento anterior en estos días alarmantes.

1 Se alude al Monumento Nacional como un símbolo.

Lección

¡Oh, música de Chopin,
música lánguida y triste:
gracias te doy por el bien
que me hiciste!

¡Voz hermana, voz clemente
que te fuiste
agotando lentamente
como el caño de una fuente,
voz que ternura me diste:
gracias mil te doy también
por el bien
que me hiciste!

Atrás se ha quedado todo;
todo se quedó distante...
Y con modo
que yo juzgo extravagante,
me obliga, inflexible, el Sino
a torcer por el recodo
del camino
y a seguir hacia adelante.

¿Para qué?...
No lo sé.
¿Quiere que aprecie mejor
el sabor
de todo lo que se fué?

¡Oh, maestro!
¡Oh, destino!
¡Eres diestro,
y tu plan es cruel y es fino!
¿Quieres darme a comprender
todo el valor del *ayer*?...

Lo has logrado:
penetró ya en mi cabeza
la tristeza
de la palabra *pasado*.

¡Gózate! ¡Clava el punzón!...
Has querido que yo viva,
para hender mi corazón
con tu lección objetiva.

¡He aprendido
esa terrible lección!
¡Has vencido!

La torva conjugación
ya no es para mí hierática:
ya siento claro el efecto
del pretérito perfecto
de la sesuda gramática.

María Enriqueta

Madrid.

La estela de Nakens

La muerte de Nakens me sugirió el significado de su obra como representación de una época de lucha religiosa. Por un azar curioso, ese fallecimiento coincide con la reprobación pontifical del nacionalismo pseudocatólico francés. De Nakens a Maurras; he aquí dos extremos de un interesante trayecto ideológico. Los polos de la heterodoxia contemporánea.

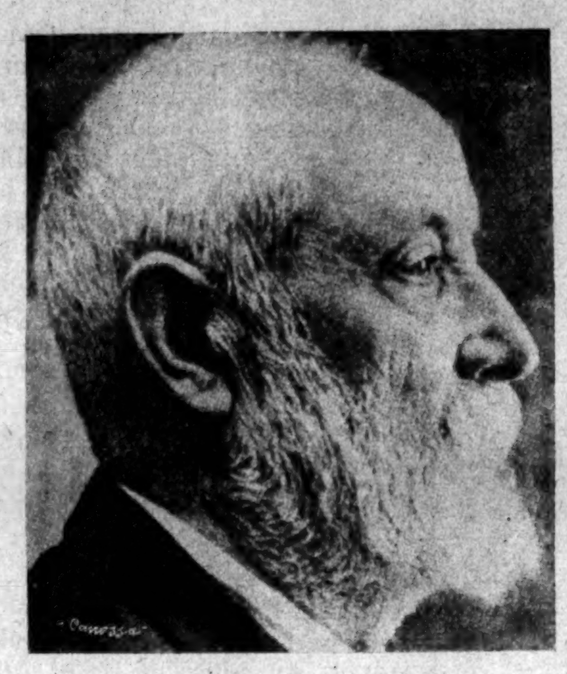
Tengo ante mi vista, alineados en un estante de mi librería, los tomos de la llamada Biblioteca de *El Motín*. Como labor de propaganda popular, esos pequeños volúmenes han tenido su indudable eficacia. Pero conviene decir que respondieron a una hostilidad de las fuerzas adversarias, las cuales habían descendido a formas plebeyas, y aun groseras, supeditando la religión al interés político. Nakens, como *pamphlétaire*, es un admirable escritor. Responde a un momento agudo de la lucha por la emancipación espiritual de España. Y aunque pertenezca a la tradición empírica que abarca desde Voltaire a Haeckel—escepticismo, materialismo, positivismo—, flota sobre esa burla flagelante un paradójico temperamento de idealista.

Nakens fué todo lo contrario de un teólogo. La controversia religiosa no le interesó jamás como fin. Usóla exclusivamente como medio. La vida de Nakens transcurre en tiempos de confusión entre guerra religiosa y lucha política. La vieja intolerancia eclesiástica, tan acerba en España, encontró en el liberalismo un motivo para rejuvenecer sus bríos agotados. Sería difícil hallar fundamento sólido a la pretendida condición nefanda de los principios revolucionarios, que fueron, en uno de sus principales aspectos, apelación al cristianismo original. Para un juicio sereno y desinteresado, las ansias de libertad política no podían jamás, sin incongruencia, ser consideradas como opuestas al espíritu cristiano. Ni siquiera podía reputárselas como anticatólicas, en el sentido de oponer veleidades de grupo al vínculo universal entre los hombres. Tendían precisamente a todo lo contrario. Pero desde el momento en que cayó sobre ellas la condenación pontificia se entablaba una lucha entre el catolicismo oficial, eclesiástico, y la libre interpretación del sentido moral de convivencia entre los hombres.

¿A qué se debió, pues, la antinomia irreductible entre la Iglesia y la Revolución? A que una y otra representaban estamentos sociales opuestos. La Iglesia, como concepto, había evolucionado desde su primitivo sentido de comunidad humana al de oligarquía sacerdotal, y un espíritu de clase y privilegio había unido sus intereses a los de la nobleza. Así se juntaron ya sus destinos en 1789, ante el ataque del estado llano, que principia y caracteriza la Revolución.

* *

Todo el siglo XIX, en las naciones latinas, se nos muestra como una lucha enconada entre liberalismo y eclesiasticismo. En España, seguramente por influjo de la tradición de intransigencia cruel, las campañas



José Nakens

carlistas renuevan los horrores de todas las guerras religiosas. El terror fernandino, alentado en los medios eclesiásticos, había sentado un precedente funesto. Los deplorables episodios de los tiempos isabelinos colmaron la medida de esa ejemplaridad inversa, que llegó a ofrecer al pueblo, incautamente confundidos, identificados, el concepto de clerecía y el de opresión.

Nakens ha sido el último gran superviviente de las generaciones nacidas a la sombra de esos estandartes de lucha, y cuyo espíritu se templó en la confortación de esas batallas. Nadie más apartado que él, decíamos, de la figura de un teólogo. No. El combate se libraba en estadio muy diferente de la antigua controversia dogmática. Nakens era un apasionado del espíritu de liberación política y esgrimía sus armas contra los enemigos más considerables que encontraba frente a él. Y como no se trataba de apacibles lides filosóficas, sino de una pugna entre sentimentalidades que habían provocado odios recíprocos, los adversarios descolgaban de nuestra panoplia nacional las viejas armas de la sátira. A los espíritus pacatos, ignorantes de nuestra misma tradición, podrá el anticlericalismo parecerles fruto exclusivo de nuestra época. Pero, en realidad, se trata de un afán sanificador tan antiguo como el espíritu religioso. En él debemos ver la oposición de lo que llamó Renán sentido profético contra el sentido sacerdotal. Si fuésemos a indagar sus orígenes, comprobaríamos su alta ejecutoria, porque los encontraríamos en las indignadas palabras de Jesús hablando a las turbas.

Dos tradiciones diversas tiene en España esa escuela de disconformismo. Una de ellas es la de los místicos. La otra es la de los satíricos. La ironía antieclesiástica, singularmente dirigida contra el clero regular, se transmite desde los *novellière* italianos a los grandes escritores humanistas, y desde los juglares toscos a los poetas de las edades de oro. Y los mayores nombres de esa tradición son precisamente clérigos inmortales. La lista sería interminable. Así, se transmite desde Boccaccio y el Arcipreste de Hita hasta Castillejo, Erasmo, Rabelais y La Fontaine. Voltaire la recibe de un abolengo doblemente eclesiástico: de Rabelais, a través de Swift.

* *

En manos de Nakens esos viejos zurriagos alternan con la tea romántica, a un tiempo ansiosa de ser luz contra la tiniebla interesada de las negligencias, interesadamente mantenidas en su ignorancia por las potencias negras, y fuego contra los reductos de la tiranía. Nakens, ante todo, es un republicano. Todo el fervor del romanticismo político alienta en él. La flagelación irritada de Hugo, la copla maliciosa de Béranger, las invectivas ásperas de Domenico Guerrazzi, la estrofa satánica de Carducci, se tornan, en el temperamento de Nakens, donaire castizo, vieja gracia española, a veces aguzada en el precedente de Larra y en el magisterio de Pablo Luis Courier.

El Motín habrá sido, durante mucho tiempo, una sana estridencia, sonando en la mediocridad farisaica, de tono medio, de nuestra sociedad, que suele combinar la indiferencia religiosa más absoluta, verdadero ateísmo práctico, con una aparente sumisión externa a los actos litúrgicos, en las ocasiones capitales de la vida y la muerte. En este sentido, Nakens ha sido un poderoso desinfectante social; el sonoro Paschino, erecto en la plaza pública contra la burguesa disimulación de todos los Marforios.

Más que su obra, su vida y su muerte han sido una alta ejemplaridad. Desinteresado hasta la pobreza, cultivó su jardín interior, el tesoro de su pureza espiritual. Alma de Quijote, fiel a su vida y a su ideal, valeroso hasta el sacrificio. No necesitó aquella «tempestad bajo un cráneo», de que habla Víctor Hugo, para aceptar su cruz en el episodio de la fuga de Morral, cuando su conciencia le forzó a escoger entre la delación y el encubrimiento. Pero alcanzó entonces la gloria de ser comprendido por su pueblo.

* *

Con él llega a su apogeo un período de lucha con las fuerzas tenebrosas. El aprovechó sólo para combatirlas el arsenal de crítica negativa y externa. Sus páginas, cuya figura capital fué la ironía, son fieles a la herencia volteriana. Recuerdan, a veces, la manera de Holbach o la de Pigault-Lebrun; otras veces lindan con la bufonería grasa de Parny. Pero su irritación tiene siempre esta doble causa: la alianza de las fuerzas adversarias con el tradicionalismo político y la desvirtuación materialista e idolátrica del primitivo ideal religioso.

Como muchos antiguos herejes, había representado, pues, Nakens una apelación a

MAPA LITERARIO DE ESPAÑA

Del autor: El Verso Castellano. 1924
Pedagogía y Literatura. 1925



la simplicidad evangélica contra la infidelidad cultural. No vacilo en afiliarle entre los cristianos para quienes la ley de amor está por encima de la creencia dogmática; el corazón, prevaleciendo sobre la fórmula; el espíritu, sobre la letra. En las futuras luchas, sin duda, los combatientes que hereden sus armas estarán mejor pertrechados que él teológicamente; pero también la lucha será más francamente encaminada a invertir los términos antiguos del problema; a reivindicar contra las fuerzas adversas, materializadas, la representación del idealismo; en suma, el auténtico sentido religioso, en sus dos significados: como norma de conciencia personal y como vínculo de paz y amor entre todos los hombres y los pueblos.

El espectáculo de esas derechas francesas e italianas envuelve una revelación. Para ellas, como para aquella generación de escépticos que sucedió al Congreso de Viena, la religión es un motor social y político al servicio de los poderes y las clases altas; una máquina de gobernar, como la llamó Taine. Dejadnos a nosotros, herederos del afán quijotesco, paradójicamente reputados como irreligiosos, proclamar que el sentido religioso, o sea el ideal, el culto de las santas utopías guiadoras, es la única distinción que eleva a los hombres sobre la bestia originaria, y a los pueblos sobre el rebaño o la horda ancestrales.

Gabriel Alomar

(De *La Libertad*. Madrid).

Ensayos

Ingratitud

Porque a quien no cultivare la ciencia y arte que es la humanidad le va el resto de la sabiduría en bien poco lucimiento.

Nada excusa nuestro contacto directo con la tierra y el alma es intermediaria de lo divino para lo humano.

Cuenta Renán: «Aquel día más que nunca hizo ver el anciano pastor a sus fieles cuán canallas fueron los que maltrataron a Jesús. Las gentes sencillas prorrumpieron en llanto, lo cual visto por el Santo Apóstol motivó estas palabras desde el fondo de su corazón: Hermanos, todo lo que os he contado de Dios Hombre, sucedió hace muchos años, no hay por qué os pongáis tristes y después de todo el tiempo falsea la realidad, no lloréis hermanos, tal vez las cosas no sucedieron con esa exactitud». Bien ilustran estas líneas que por la tierra no habremos de pasar indiferentes al bien y mal.

Todos esos seres que por su ciencia o talento se tienen en mucho y cargan alto grado de vanidad han de saber que «genio es el que nos hace amable el sufrimiento» y que a quien no cultive lo humano bien mál le van las ciencias y las artes.

Chiquilla!!

¡Chiquilla antipática, no se ría, no ve que enseña ese horrible colmillo!

Y... no ha vuelto a reír...

La han llevado a donde el dentista, le sacó aquel terrible biente, pero... la pobre chiquilla no ha vuelto a reír...

Max. Jiménez



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

Organización de comunidades tomando como centro la escuela

I

La organización de comunidades, tomando como centro la escuela, tiene que ser considerada en relación con todos los problemas de funcionamiento escolar; de allí que tenga primero que presentar con la mayor claridad que me sea posible el concepto de la «función social de la escuela».

Precisaremos lo que voy a llamar «Objetos de la Escuela». Siendo la escuela una institución tan antigua como el hogar y la iglesia, debemos tener buen cuidado de no olvidar que todos los pueblos que han llegado a desarrollar una cultura trascendental, han tenido una escuela cuyo tipo debe ser analizado cuidadosamente por todos aquellos que se entusiasman y pretenden hacer reformas de acuerdo con los conceptos vertidos por los pedagogos de nuestra época.

En México la escuela Pre-Colonial fué esencialmente religiosa y se extendió con unidad de Credo por todo el país. La escuela católica, dependiente de la iglesia, fué durante el Virreinato el centro de cultura popular y se llamó escuela parroquial o confesional.

Por lo que hace a la educación superior tuvo su desarrollo en seminarios y conventos. Es interesante comparar los reglamentos y libros relacionados con la organización eclesiástica interior. Se antoja tener todo el tiempo necesario para estudiar el funcionamiento de las diversas órdenes que se extendieron por el país y cuyas diferencias interiores no interrumpieron la formación de una Nación más extensa antes, que después de la independencia.

En las órdenes de los conventos de monjas, por ejemplo, se notan las diferencias de funcionamiento institucional de antes y de después de la Independencia; con sólo los libros destinados a las Profesas y a las Novicias podemos darnos cuenta de las tendencias de la Institución Convento.

Antes de la Independencia, o mejor, antes de que la revolución industrial se hiciera sentir en el mundo, los conventos como centros de producción, requerían para la mujer que a ellos ingresaba, una educación de responsabilidad y como resultado de esa responsabilidad se tomaban muy en cuenta las aptitudes individuales. Se necesitaban buenas obreras, buenas administradoras, buenas organizadoras y buenas educadoras. Las obreras y administradoras para mantener activa la marcha de las comunidades. Las organizadoras para multiplicar por el país las fundaciones religiosas y las órdenes monásticas y las educadoras para proveer la continuidad del funcionamiento.

Cuando por obra de la producción industrial a base de máquina perdieron las comunidades religiosas su importancia económica, las instituciones perdieron una gran parte de su influencia social.

Los Jefes de la Iglesia en México no pensaron en organizar los nuevos sistemas de producción, les pareció suficientes procurar conservar lo que ya tenían. Entonces aparecen los libros de una disciplina que anula la personalidad. Los libros de las Novicias y de las Profesas contienen multitud de reglas para mortificar la voluntad y anular la acción. El resultado no se hizo esperar, el genio fué cosa rara en las comunidades religiosas. ¿Contará la Iglesia en el futuro sólo la historia de sus glorias pasadas o surgirá nuevamente el genio eclesiástico? Cuestión es esta difícil de contestar y que junto con las tendencias socialistas es una interrogación para ser contestada en el tiempo por venir.

Debilitada la Iglesia por la pérdida de su función productora y no por la impiedad del pueblo como muchos suponen, ni por la fuerza de las ideas liberales, como suponen otros, el ambiente facilitó la Reforma.

La escuela primaria se hizo laica, el Gobierno adquirió el derecho de instruir al pueblo. La Universidad del Estado adoptó la Filosofía Positivista arrojando de sí la Filosofía Teológica. No se conservó un punto de comparación que hubiera evitado una lucha inútil por lo infundada. La Iglesia y el Estado al ser declarados independientes, extendieron sus enseñanzas como si se tratara de vivir en diversos mundos, haciendo ignorar a los educandos de ambos lados las teorías y fundamentos del lado contrario.

Nos ocuparemos por ahora de la escuela primaria en particular, por ser ella el centro de interés del grupo de Inspectores. La evolución escolar tuvo en México las mismas orientaciones que en todo el continente. La primera influencia sería que tuvo la Escuela del Estado fué la inglesa, con el sistema Lancaster. En este sistema tenemos que reconocer la previsión de las dificultades económicas para dar instrucción a todos los niños del pueblo y la creación de un funcionalismo monitorial que permitía a un maestro atender a un gran número de niños.

Después dejó sentirse la influencia alemana con Peztalozzi y Froebel; desgraciadamente estos filósofos educadores no fueron generalmente conocidos en las Escuelas Normales.

El sistema Lancaster, riguroso en el aprendizaje, se vió sustituido por un sistema verbalista que relevó a los niños de la responsabilidad de estudiar. Los programas se ampliaron tanto que se pensó que de la escuela primaria saldrían muchachos y muchachas con una cultura general muy aceptable.

Con la Revolución de 1910, se despertó en la gente un gran interés por la lectura. Libros de todas las doctrinas fueron leídos desordenadamente, las más de las veces sin base de estudios históricos necesarios para juzgar de todos los movimientos sociales y de las proposiciones de reforma.

De cualquiera manera, la experiencia nos ha enseñado que es suficiente el entusiasmo para poner una idea en el ambiente; conviene ahora que la gente cultive un ideal, enriqueciéndolo con conocimientos capaces de hacer lo que no hará nunca el entusiasmo, elevar a las masas. Para tener el privilegio de educar al pueblo, no basta querer, hace falta poder. El poder en este orden no radica en los puestos elevados, ni en los recursos económicos, radica especialmente en los conocimientos y en la labor honrada y tenaz.

Analicemos o resumamos las doctrinas sostenidas por los pedagogos modernos que se apoyan en las teorías de los precursores del movimiento y en las necesidades sociales de nuestra época.

Se pretende que la escuela tenga una función amplia y que llene los siguientes OBJETOS:

1.—Mejorar la vida social.
- a.—Hogar.
- b.—Civismo.
- c.—Ocupaciones.
- d.—Diversiones.
- e.—Religión.

2.—Desarrollar al individuo.
- a.—En hacer bien.
- b.—En buena salud.
- c.—En eficiencia.
- d.—En inteligencia.

3.—Dar Información.
- a.—Instrucción.
- b.—Experiencias.
- c.—Actitudes.

Presentados así los objetos de la escuela es fácil incluir en ellos a toda la sociedad, pero no es bastante incluir los principios en nuestros programas. Es necesario que los encargados de administrar esos programas conozcan la base en que están formulados.

En el problema de mejorar la vida social, tenemos en primer lugar el hogar; parece difícil conseguir la influencia necesaria para intervenir en la vida íntima, pero si conocemos la influencia del ejemplo, ve-

remos que él determinará nuestra ingerencia en los hogares. Aquí se presenta un serio problema económico. El hogar como el individuo tiene que considerarse primero en su esencia elemental: el cuerpo del hogar o sea la casa, con su problema de higiene y de comodidad.

La casa del maestro semi-urbano y rural, no existe las más de las veces. Lo corto de los sueldos y la irregularidad en los pagos, colocan con frecuencia a los maestros en situación difícil.

En muchos casos el maestro tiene que recurrir al vecindario en demanda de ayuda, teniendo muchas veces que vivir en la casa de algún vecino generoso; naturalmente queda imposibilitado para dar ejemplos.

Cuando estuve organizando las Misiones que actualmente están trabajando en seis Estados de la República, hablé extensamente con el señor Sáenz, Sub-Secretario de Educación, de la necesidad de incluir en nuestro programa de mejoramiento de maestros en servicio, la resolución del problema de habitación; propuse que la Secretaría hiciera gestiones para dotar al Estado de Tlaxcala con las casas que fueron compradas para el pueblo cooperativo de Chapingo. (Son casas de madera nuevas que están sin utilizar.)

De llevarse a la práctica esa sugestión, se tendría hogar decente para los maestros de unas tres zonas escolares y la organización del trabajo social con relación al hogar tendría un campo de observación que nos permitiera juzgar de la influencia del ejemplo.

La escuela primaria cuenta para su intimidad con el hogar con un medio de unión insuperable, el niño. Pero no basta la unión para tener influencia en la vida cívica, es necesario que el maestro esté preparado para una acción inteligente. Existe una antigua regla practicada por los Chinos: «ningún individuo que no esté reconocido como un buen jefe de familia, debe ser puesto al frente de un servicio cívico, cualquiera que sea la importancia que el servicio tenga». La lógica China en materia de administración es de una precisión y de una rectitud que es difícil encontrar en el tecnicismo occidental y es que ellos toman en todos los casos el factor moral como fundamento [1].

La contribución en trabajo o dinero para los servicios de comodidad pública constituyen el cumplimiento del deber cívico de cada individuo y la administración de valores y de energías no debe ser confiada sino a aquellos que estén capacitados para manejar unos y otras con inteligencia y honradez puestas al servicio de la comunidad. Si no se hace así, el Estado se debilita, el descontento público se manifiesta por todas partes y la Nación peligra.

(1) Lean ustedes el Evangelio de Confucio. Actualmente está de venta en las librerías de la Capital; es una traducción de Pedro Guirao; no contiene todos los Anales de Confucio, pero sí contiene un buen número de reglas fundamentales que son perfectamente aplicables.

El sistema de impuestos indirectos ha ocasionado en gran parte que el individuo haya perdido la conciencia de su importancia como ciudadano. Aquí es un caso común encontrar gente muy agradecida a un funcionario cualquiera por el empleo de que disfruta. Por su falta de competencia estos individuos no tienen la visión clara de la función del Estado. Todos los empleados públicos están destinados al servicio de la Nación si son Federales, al del Estado si son del Estado y al de la comunidad si son Municipales; de este deber no queda excluido ni el Presidente de la República, ni sus Ministros, ni los Generales: se insolentan única y exclusivamente cuando carecen de principios morales y la ignorancia del pueblo permite que se viva en periodos de irresponsabilidad.

Las ocupaciones son otro dato necesario para su estudio si se trata de tomar la escuela como agencia de mejoramiento social. El problema de los pueblos pequeños ofrece mucho menos complicaciones que el de las grandes ciudades. El estudio previo se reduce a conocer el aspecto dominante de las ocupaciones de la comunidad.

Las comunidades agrícolas no pueden someterse en sus actividades al capricho de órdenes extrañas. Sólo el estudio detenido de los cultivos que se hacen, de las estaciones y del proceso de las siembras hasta la recolección, puede facilitar los datos necesarios para planear las actividades educacionales en relación con los habitantes del lugar. Cualquier otro método de planes de trabajo, por bueno que se le suponga por los desconocedores de la vida del campo, tiene que fracasar.

Las comunidades dedicadas a actividades industriales ofrecen más simplicidad para el desarrollo de un programa. La naturaleza de la ocupación, «modificar la materia prima», no queda sujeta a las estaciones del año, la gente puede entregarse a su trabajo a cualquier hora y destinar regularmente un tiempo dado a las actividades que puedan desarrollarse en relación con la escuela.

Las diversiones existentes en una comunidad, nos dicen del nivel intelectual y de la salud material y moral de las gentes. Hay dos clases de diversiones en todas las comunidades, unas que son habituales y que las ejecutan inconscientemente; por ejemplo, jugar con los animales al regreso del campo, jinetear, lanzar, cruzar un río a nado: son diversiones que no tienen valor ni sentido para los que siempre han estado acostumbrados al juego organizado y a tomar el trabajo demasiado en serio. Para mí tienen estas diversiones un valor enorme: el de no hacer pesada la faena. Si donde existen estas diversiones se respetaran y se cultivaran, el campesino llegaría a ser, al mejorar su vida económica y asegurar su libertad, el tipo ideal del hombre libre.

Existen otras diversiones que faltan en pocos lugares, las canciones y las danzas. Las canciones son mucho menos formales como diversiones, en las noches de luna o en las tardes en que no hay nada que hacerles a los sembrados sino esperar que la tierra haga su labor en el misterio que el hombre apenas sospecha, se reunen con sus guitarras y aprenden los corridos o las danzas compuestas por cualquier artista que vive ignorado. En estas diversiones que pueden hacerse más y más intelectuales, puesto que ya lo son en germen, existe generalmente una cosa que hay que combatir, el uso del alcohol. Finalmente, los grandes acontecimientos sociales que tienen una gran significación y que son para el psicólogo momentos de revelación. Me refiero a las bodas, a los bautizos y a las defunciones.

Proveer o mejorar las diversiones de una comunidad es asunto que requiere estudio serio y simpatía por la gente, mejorar una cosa sin tratar de combatir los ratos de esparcimiento que el mismo trabajo proporciona, es una cuestión mucho más delicada de lo que muchos se figuran. El respeto a la felicidad humana nos obliga a intervenir solamente para dar mayores satisfacciones o para impedir que unos pocos tengan regocijo a costa del sufrimiento de los demás.

De cualquiera manera, las diversiones, más que ninguna otra cosa, nos proporcionan el dato necesario para juzgar del nivel moral de la gente, punto de partida para saber los elementos humanos con que podremos contar para ayudarnos a desarrollar nuestro plan de diversiones de la comunidad.

La actividad religiosa es la más alta manifestación humana, las culturas de más consideración en la historia del mundo tienen una base religiosa; por otra parte, la actividad religiosa es una manifestación universal, su estudio no puede hacerse rápidamente, es un tema que da material innagotable. Esta causa me obligó a pensar en la conveniencia de dedicarle una conferencia exclusiva, para tratar de explicar con la amplitud que me permite la limitación de un tema marcado dentro del programa que me he trazado durante este período de las clases de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional.

Desarrollar al individuo humano es el objeto que persigue o debe perseguir la escuela. Este campo corresponde absolutamente a la psicología. La higiene es un auxiliar importante, la moral y la instrucción son también factores, pero el factor fundamental es el gérmen de la inteligencia y demás factores de la personalidad.

Para desarrollar al individuo tenemos que tomar en cuenta que es común a todos estar dotados de sensaciones, percepciones y voliciones; el primer trabajo del educador consiste en despertar la conciencia individual en el sentido de hacer que se den cuenta los educandos de que se operan en ellos esos fenómenos. La personalidad comienza a manifestarse cuando se da cuenta el individuo de que todos esos fenómenos se operan a través de su cuerpo. Darse cuenta de ese hecho es esencial para el desarrollo de la persona. Pero el maestro tiene que ayudar a obtener esa comprobación que principia por dominar las percepciones, las sensaciones y las voliciones: pero ese es sólo un paso, con eso no se logra ningún

poder, solamente conseguimos hacernos impenetrables para nuestros semejantes. La personalidad de los santos, de los héroes y de los sabios está basada en el dominio del fenómeno mismo.

El desarrollo individual conducido por la escuela tiene el más delicado problema que resolver, el de la disciplina. El ideal en todos los tiempos ha sido conseguir la rectitud de acciones de los individuos humanos con respecto a sus semejantes.

En la obediencia incondicional descansan los sistemas despóticos, el tirano no puede existir en un pueblo de hombres libres, sólo el justo es tolerado entre ellos como superior.

Al tratar de los problemas individuales y colectivos, explicaré mucho más ampliamente los puntos de contacto de ambos problemas y lo indispensable que es tomar en cuenta en primer término el factor individual para poner las bases de una organización firme basada en la mayor suma de justicia y en la mayor suma de libertad individual.

El tercer objeto de la escuela o sea el de dar información, encierra lo que bien pudiéramos llamar la parte tradicional de la escuela. La primera parte de ese objeto, la instrucción, tiene con las nuevas tendencias, dos aspectos: las asignaturas y las actividades.

Las asignaturas básicas son las mismas de los programas tradicionales: Lenguaje, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia. Los métodos de iniciación en buena parte no pueden sustituirse fácilmente, necesitan pasar por una serie de pruebas hasta que contemos un número suficiente de ellas para determinar la existencia de métodos que reemplacen con ventaja a los existentes.

El aprendizaje de esas asignaturas, es una herramienta insustituible que hay necesidad de que el niño adquiera para enriquecer su inteligencia. La actividad es un medio de aplicación que les da sentido a las enseñanzas, de ninguna manera la actividad encierra la enseñanza misma. Tomemos un ejemplo para mayor claridad en la explicación.

Se trata de introducir en una escuela la industria del tejido. Hasta el cuarto grado y tratándose de niños no mayores de once años de edad mental, la actividad tendrá un sentido relacionado con la Aritmética y la Geometría: la aplicación de problemas facilita el proceso de la memoria sin recurrir a una repetición cansada. La segunda parte en hacer entender el objeto práctico del tejido y que es proveer de vestido, el programa sobre el tema del vestido se dividirá como sigue:

Selección { Durabilidad, Economía, Salud, Buen gusto

Hechura { Piezas simples de ropa interior, Uso de modelos, Trabajo de costura y remiendo, Adorno apremiante

Cuidado del vestir { Limpieza, Sencillez, Lavado

La tercera parte comprende el proceso de la manufactura. Tejido, estampado y teñido. La cuarta parte comprende el orden y uso de los materiales y las consideraciones sociales y personales que sobre el vestido sugiere el medio ambiente.

El programa para el quinto y sexto años debe estar mucho más relacionado con la Historia y la Geografía. Por ejemplo: la industria textil oriental, semejanza entre ella y la indígena por el uso de las manos. La influencia que el mercado de telas ingleses tuvo para impedir el crecimiento de la industria mexicana. La poca demanda de parte de las clases adineradas del país para los productos nacionales.

Despertar el interés por la Historia de la Edad Media. La vida monástica, el feudalismo y la manufactura en el hogar: integridad de actividades durante aquella época, su influencia en el desarrollo individual.

Nuevos problemas creados con el uso de la maquinaria. La Historia de Inglaterra como país productor de telas hechas en máquina. De como esa producción hizo que en 1730 el veredicto de las grandes autoridades de Inglaterra fuera que el mercado de telas tenía asegurada a Inglaterra una base inconmovible en la vida económica. Cómo después de 1870, al efectuarse una verdadera revolución a causa de las fáciles vías de comunicación que comenzaron a desarrollarse en 1870 el movimiento de cambio creció mucho y determinó la aparición de tres nuevas potencias comerciales, Alemania, Rusia y Estados Unidos: en resumen crear el interés por la historia y por el movimiento mundial que parece en cada día exigir informaciones indispensables para el nuevo estado de cosas que imperará en el futuro.

Las escuelas donde la posibilidad económica permita tener una pequeña biblioteca, ésta debe ser seleccionada de acuerdo con aquellas actividades que la escuela contiene dentro de su programa.

La cerámica es otra fuente magnífica para encontrar material histórico y geográfico que permita elevar la actividad manual a un plano de estudio que no convierta la escuela en mero campo de adiestramiento mecánico.

La actividad permite también al maestro entrar en el mundo moral del alumno, las sugestiones que le dé deben estar basadas en las experiencias propias y extrañas teniendo así sentido para el niño que necesita a cada paso aplicar los conocimientos de la asignatura en la actividadad que desarrolla. Las actividades finalmente se determinan con la ayuda del conocimiento aplicado a la actividad; la obra del maestro a este respecto consiste en hacer al niño consciente de sus actitudes y observador de las actitudes de sus compañeros. Este es el único camino para lograr una disciplina basada en la conciencia individual, en el propio respeto y en dominio de sí mismo.

El cuadro de objetos de la escuela forma una unidad que constituye la integridad del problema que tenemos presente. Para mejorar la vida social tenemos que comenzar por desarrollar individuos con características de tener en gérmen una buena personalidad y para el desarrollo del individuo, tenemos que emplear la información necesaria que le permita actuar con éxito dentro de la vida social que mejorará en relación con el número de buenas personas de que disponga para su funcionamiento.

Elena Torres

México, noviembre de 1926.

S/c: 5.ª Bajío, 118 México, D. F. México.

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De Teodoro Elmore (Av. Progreso 201. Miraflores. Lima):

Edwin Elmore: *Vasconcelos frente a Chocano y Lugones*. Los ideales americanos ante el sectarismo contemporáneo.

Pro Memoria. Novbre. 1926. Tercera época. N.° 120. Sumario: *Recordemos y Propongámonos* de T. Elmore Letts.—*Dos artículos* del ilustre penalista español Jiménez de Asúa sobre el asesinato de Edwin Elmore.

De don Oscar Zeller, Cónsul de la Rep. Dominicana en San José de Costa Rica:

Los restos de Colón en Santo Domingo y *Los dos restos de Cristóbal Colón*, por Emiliano Tejera. Segunda edición, preparada por el Lic. C. Armando Rodríguez por encargo de la Junta Nacional Colombina, con notas de don Emilio Tejera y Prólogo del Doctor don Federico Henríquez y Carvajal. Santo Domingo. Julio de 1926.

Nota.—Del prócer don Federico Henríquez y Carvajal recibimos otro ejemplar de esta obra.

De don Martín García. (Librería La Normal, 7, No. 1119. La Plata. Rep. Argentina):

José Ingenieros: *Las fuerzas morales*. A la juventud de la América Latina. Obra póstuma. Buenos Aires. 1926.

Prof. Luis Morzone: *Tratamiento científico-pedagógico para afásicos*, tartamudos, defectuosos graves de pronunciación. La Plata. 1900.

Galería de españoles ilustres. Retratos y Biografías publicados por *El Correo Español*. Tomo I. Buenos Aires. 1893.

De don Jorge Valle Matheu, San José de Costa Rica:

La mentalidad colonial. *Ideologías de la Independencia*. Doctrinas políticas y económico-sociales, por Virgilio Rodríguez Beteta, de la Sociedad de Historia y Geografía de Guatemala. Editorial *París-América*. París. 1926.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

Historia de los duendes que arrebataron a un sepultero

En una antigua ciudad abacial de estas cercanías, hace mucho tiempo, tanto que la historia debe de ser cierta, porque nuestros abuelos la creyeron a pies juntillas, actuaba de enterrador y sepultero en el cementerio un tal Gabriel Grub. De que un hombre sea sepultero y de que se halle rodeado constantemente por los emblemas de la muerte no se sigue fatalmente que haya de ser una criatura de condición lúgubre y melancólica; los que se encargan de conducirnos a la última morada son las gentes más alegres del mundo, y en cierta ocasión tuve el honor de trabar intimidad con un mudo, que en su vida privada, fuera de su profesión, era el ser más festivo y cómico; que chapurraba una anacreóntica sin un desliz de su memoria, y que apuraba un buen vaso de ponche sin pararse a tomar resuello. Mas, no obstante estos precedentes contradictorios, Gabriel Grub era un hombre perverso, adusto, quisquilloso, lúgubre y solitario, que no se hallaba bien sino consigo mismo y con una cantimplora que guardaba en el amplio bolsillo de su chaleco. Miraba las caras alegres que al paso veía con gesto tan atravesado y malicioso, que era difícil cruzarse con él sin presentir algún mal suceso.

Poco antes de anochecer, una víspera de Navidad se echó al hombro Gabriel Grub su pala, encendió su linterna y encaminóse hacia el viejo cementerio; tenía que acabar de abrir una fosa para la siguiente mañana, y, sintiéndose muy decaído, juzgó que tal vez contribuyera a reanimarle meterse en trabajo al punto. Al pasar por la antigua calle vió fulgurar las alegres candelas a través de las viejas puerta-ventanas y oyó las risas bulliciosas y el vivo griterío de los que estaban reunidos al rededor de los hogares; atisbó los ruidosos preparativos para el holgorio del siguiente día y olfateó los variados aromas propios de las circunstancias que se expandían por las ventanas de las cocinas en vaporosas nubes. Todo esto era hiel y acíbar para el corazón de Gabriel Grub, y cuando los grupos de chiquillos lanzados de sus casas pululaban por el camino y se topaban, antes de llamar en la puerta opuesta, con otra media docena de rapaces de rizadas cabecitas, que con ellos se mezclaban, subiendo en tropel las escaleras para emplear la tarde en sus juegos de Nochebuena, Gabriel Grub sonreía lúgubremente y oprimía con firme crispación el mástil de su pala, al tiempo que pensaba en el sarampión, la escarlatina, la difteria y la coqueluche, y en muchos otros manantiales de consuelo.

En tal situación de ánimo siguió su camino Gabriel Grub, contestando con bruscos gruñidos a los risueños saludos de los vecinos que hallaba al paso, hasta que penetró en la obscura callejuela que conducía al camposanto. Gabriel se complacía anticipadamente con la idea de llegar al obscuro callejón, que se le hacía un paraje deliciosamente lóbrego y macabro y por el cual no gustaban aventurarse los vecinos, como no fuera en pleno día y cuando el sol brillaba esplendoroso. No fué poco, pues, lo que hubo de contrariarle oír a un rapaz cantar a voz en cuello una alegre canción de Pascua en aquel temido santuario, al que se llamaba el «callejón del sepulcro» desde los tiempos de la antigua abadía y de los monjes tonsurados. Al avanzar Gabriel y acercarse la voz, advirtió que procedía de un chiquillo que marchaba a prisa para incorporarse a uno de los grupos que discurrían por la calle vieja, y que, tanto para ahuyentar el miedo de la soledad como para ponerse a tono con las circunstancias, había roto a cantar con toda la energía de sus pulmones. Aguardó Gabriel el paso del chico y, apostándose en una rinconada, le golpeó en la cabeza repetidas veces con la linterna para enseñarle a modular su voz. Cuando el muchacho escapaba con las manos en la cabeza, entonando otro canto muy diferente, se regodeó Gabriel Grub y entró en el cementerio, cerrando la puerta tras de sí.

Quitóse el sombrero, puso en el suelo su linterna y, metiéndose en la inacabada fosa, trabajó en ella cosa de una hora con gran ahinco. Mas la tierra estaba endurecida por la helada; costaba trabajo romperla y arrojarla con la pala; y aunque había luna, como era muy nueva, derramaba poca luz sobre la fosa, que caía en la sombra proyectada por la iglesia. En cualquier otro momento estos obstáculos hubieran hecho a Gabriel Grub refunfuñar y entristecerse; pero era tal el contento que le había producido interrumpir la canción del pequeñuelo, que no se cuidó del escaso progreso de su labor y miró al fondo de la fosa con sombría complacencia al dar por terminado su trabajo. Mientras recogía sus instrumentos, murmuraba:

> Buenas posadas, muy buenas, cuando es la vida acabada,
> un par de varas de tierra, una piedra por almohada
> y otra de escabel; jugosa y suculenta pitanza
> con que, ávidos, los gusanos, gustan llenarse la panza;
> hierba exuberante arriba y húmeda arcilla por manto.
> Buenas posadas son éstas que nos brinda el camposanto.

—¡Ja, ja!—rió Gabriel Grub, sentándose sobre la losa de una tumba, que era su lugar de reposo favorito, y sacando su cantimplora—. Sarcófago de Pascua. Una caja de Pascua.

—¡Ja, ja, ja!—repitió una voz que sonó junto a él.

Quedó Gabriel suspenso por el miedo en el momento de acercar a sus labios la cantimplora, y miró a su alrededor. La base de la más vieja tumba que allí había no estaba más inmóvil que el cementerio al claror de la pálida luna. La helada escarcha brillaba sobre las tumbas y chispeaba como sartas de gemas entre las esculpidas lápidas de la vieja iglesia. La nieve, endurecida y rígida, cubría el suelo y extendía sobre los montones de tierra tan pulido y blanco cendal que no parecía sino que los cadáveres yacían cubiertos solamente por sus mortajas. Ni el más leve rumor rompía la calma profunda del solemne escenario. Tan frío y tranquilo se hallaba todo, que hasta el ruido parecía haberse helado.

—Fué el eco—dijo Gabriel Grub, acercando de nuevo a sus labios la botella.

—No fué el eco—dijo una voz profunda.

Estremecióse Gabriel y quedó clavado en su sitio por la sorpresa y el terror al posar sus ojos en una figura que hizo congelarse su sangre.

Sentada sobre una tumba enhiesta que al lado tenía había una figura extraña y sobrenatural que Gabriel juzgó al punto no ser de este mundo. Sus largas y fantásticas piernas, que podían llegar al suelo, estaban encogidas y cruzadas en elegante y caprichosa postura; sus nervudos brazos veíanse desnudos, y sus manos descansaban en sus rodillas. Envolvía su cuerpo breve un ceñido ropaje exornado de menudo acuchillado; una corta esclavina caía por su espalda; el cuello, recortado en curiosos picos, servía al duende de bu-

fanda o corbata, y sus zapatos se prolongaban formando revueltas puntas. Llevaba en la cabeza un amplio sombrero abarquillado, con una sola pluma. El sombrero se hallaba cubierto de blanca escarcha, y el fantasma parecía llevar doscientos o trescientos años cómodamente sentado en la tumba. Hallábase completamente inmóvil; tenía la lengua fuera, como haciendo una mueca burlesca, y contemplaba a Gabriel Grub con un gesto que sólo puede adoptar un aparecido.

—No fué el eco—dijo el aparecido.

Gabriel Grub estaba paralizado y no pudo replicar.

—¿Qué hace usted aquí, en víspera de Navidad?—dijo el aparecido, con severidad.

—Vine a abrir una fosa, sir—balbució Gabriel Grub.

—¿Qué hombre puede vagar entre las tumbas en una noche como ésta?—exclamó el aparecido.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!—gritó furiosamente un coro de voces que parecía llenar el cementerio.

Gabriel miró a su alrededor con espanto, pero nada vió.

—¿Qué lleva en esa botella?—preguntó el aparecido.

—Ginebra, sir—respondió el enterrador, temblando más que nunca, porque la había comprado a unos matuteros y recelaba que el preguntón formase parte del fisco entre los duendes.

—¿Quién bebe ginebra a solas y en un cementerio en una noche como ésta?—dijo el fantasma.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!—contestó de nuevo el coro.

Sonrió el aparecido maliciosamente al aterrado sepulturero, y levantando la voz exclamó:

—¿Y quién será entonces nuestra hermosa y obligada presa?

A esta pregunta respondió el eco misterioso en un tono que resonó como las voces de un coro nutridísimo que cantase acompañado por el más poderoso resoplido del viejo órgano de la iglesia; un tono que pareció envolver los oídos del enterrador con un viento furioso y apagarse en la distancia, pero el estribillo de la réplica era siempre el mismo; «¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!»

El aparecido hizo una mueca más profunda que las anteriores, y dijo:

—Gabriel, ¿Qué dices a eso?

El enterrador se detuvo para tomar resuello.

—¿Qué piensas de esto, Gabriel?—dijo el aparecido, volteando sus pies en el aire a uno y otro lado de la tumba y contemplando las puntas curvas de sus zapatos con la misma complacencia que si estuviera ante sus ojos el más elegante modelo Wellingtons de Bond Street.

—Que es... que es muy curioso, sir—replicó el sepultero, muerto de miedo—; muy curioso y muy bonito; pero voy a terminar mi trabajo, si le parece, sir.

—¡Trabajo!—dijo el fantasma—. ¿Qué trabajo?

—La fosa, sir; abrir la fosa.—balbució el sepultero.

—¿La fosa, eh?—dijo el aparecido—. ¿Quién se ocupa en abrir fosas y halla placer en ello cuando todos los hombres están llenos de alegría?

De nuevo respondieron las voces misteriosas:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

—Presumo que mis amigos te necesitan, Gabriel—dijo el duende, hundiendo la lengua más que nunca en el carrillo, y era una lengua verdaderamente asombrosa—. Presumo que mis amigos te necesitan, Gabriel—dijo el aparecido.

—¡Por favor, sir—replicó aterrado el sepulturero—; no puede ser; no me conocen, sir; yo creo que esos señores no me han visto nunca, sir!

—¡Oh, sí!—replicó el aparecido—. Conocemos al hombre de cara fosca y ceño maligno que venía esta noche por la calle dirigiendo a los chiquillos miradas funestas y acariciando su fúnebre pala. Conocemos al hombre que golpeó al chico, con envidioso coraje, porque estaba el chico alegre y él no podía estarlo. Le conocemos, le conocemos.

Entonces soltó el aparecido una horrible carcajada, que el eco devolvió centuplicada. Levantando sus piernas en el aire, apoyó la cabeza, o más bien el vértice del abarquillado sombrero, sobre la estrecha cornisa de la tumba y dió un salto mortal con agilidad extraordinaria, cayendo a los pies del enterrador, plantándose ante él en la postura que adoptan para trabajar generalmente los sastres.

—Siento... siento tener que dejarle, sir—dijo el enterrador, haciendo un esfuerzo supremo para levantarse.

—¡Dejarnos!—dijo el aparecido—. ¿Dejarnos, Gabriel Grub? ¡Ja, ja, ja!

Mientras reía el duende, vió el enterrador por un momento iluminarse el exterior de la iglesia cual si todo el edificio estuviera ardiendo; apagóse el fulgor; dejó oír el órgano un aire alegre, y un golpe de duendes de la misma calaña que el primero irrumpió en el cementerio y empezó a jugar a la rana entre las tumbas, sin detenerse para tomar aliento, saltando uno tras otro por los más altos sarcófagos con maravillosa destreza. El primer duende era un saltarín asombroso, y ninguno de los otros podía compararsele. En medio del terror que embargaba al sepulturero, no podía dejar de observar que, mientras los amigos de aquél se contentaban con saltar sobre las tumbas de mediana altura, el primero elegía los panteones familiares, con verjas y todo; saltando sobre ellos con la misma agilidad que si fueran guardacantones.

Por fin llegó el juego a su momento culminante: tocaba el órgano más de prisa cada vez y los duendes saltaban cada vez con más celeridad; giraban sobre sí mismos, daban volteretas por el suelo y pirueteaban sobre las tumbas, saltando como pelotas. La cabeza del enterrador parecía ser arrastrada por la vorágine que contemplaba, y sus piernas vacilaban, mientras que los fantasmas volaban ante sus ojos. En esto, el monarca de los duendes se arrojó hacia él bruscamente, le cogió por el cuello y se hundió con él en la tierra.

Cuando Gabriel Grub pudo cobrar el aliento, que la rapidez del descenso le había paralizado, encontróse en lo que parecía ser una gran caverna, poblada de duendes feos y mal encarados; en el centro del recinto, sobre elevado sitial, estaba su amigo del cementerio, y junto a él, Gabriel Grub, completamente inmóvil.

—¡Qué noche tan fría!—dijo el monarca de los duendes.—Muy fría. ¡Un vaso de algo caliente, en seguida!

Al darse esta orden, media docena de oficiosos duendes, en cuyos rostros campeaba una perpetua sonrisa, desaparecieron apresuradamente, volviendo a poco con una ponchera de fuego líquido, que presentaron al rey.

—¡Ajá!—exclamó el fantasma, por cuyos carrillos y garganta transparentes veíase pasar la llama—. ¡Esto atempera de verdad! Traed un vaso de lo mismo para Mr. Grub.

Fué inútil que el infortunado enterrador encareciese que él no tenía costumbre de tomar nada caliente por la noche; mientras le sujetaba uno de los

duendes, vertía el otro en su boca el líquido candente; reventaba de risa la concurrencia al verle toser y ahogarse, y secaron las lágrimas que fluían de sus ojos en abundancia después de tragar la ardiente bebida.

—Y ahora—dijo el rey, metiendo con fantástico ademán por los ojos del enterrador el pico de su abarquillado sombrero y produciéndole, como es de suponer, el más vivo dolor—, enseñad al hombre perverso y lúgubre unos cuantos cuadros de nuestro gran almacén.

No bien dijo esto el duende, desvanecióse poco a poco una espesa nube que obscurecía el fondo remoto de la caverna, dejando ver en lontananza, a lo que parecía, un reducido aposento escasamente amueblado, pero limpio y cuidado. Un rebaño de pequeñuelos veíanse alrededor de un animado fuego, colgándose de las sayas de su madre y correteando en torno de su silla. De cuando en cuando se levantaba la madre y descorría la cortina de la ventana, cual si esperase algo; en la mesa hallábase preparada una frugal comida, y junto al fuego estaba dispuesto un sillón. Oyóse un golpe en la puerta; abrió la madre, y los chicos se arremolinaron en derredor de ella y tocaron palmas de alegría al entrar su padre. Este venía fatigado y mojado, y sacudió la nieve de sus ropas al acercársele los chicos, que se apoderaron de su capa, sombrero, bastón y guantes, con los cuales salieron de la estancia con diligente celo. Cuando luego se sentó el padre a cenar junto al fuego, encaramáronse en sus rodillas los pequeñuelos, sentóse la madre a su lado, y todo denotaba felicidad y bienestar.

De modo imperceptible cambió el espectáculo. La escena se había trocado en una estrecha habitación, donde el más pequeño y hermoso de los niños yacía moribundo; las rosas habíanse evaporado de sus mejillas, y la luz, de sus ojos; y aunque el enterrador le miraba con un interés jamás sentido, murió. Sus tiernos hermanos rodeaban su camita y tomaban su mano finísima, ya fría y abandonada a su peso de muerte; alejábanse de aquel contacto y miraban con ansia su rostro infantil, y aunque el hermoso niño parecía dormir en calma, sosegado y tranquilo, veían que estaba muerto y sabían que era un ángel que les miraba y bendecía desde un cielo luminoso y feliz.

De nuevo pasó la nube por el cuadro y cambió el asunto. El padre y la madre presentábanse ahora ancianos y desvalidos, y el número de los que les rodeaban habíase reducido a más de la mitad; pero el contento y la alegría se dibujaban en todas las fisonomías y resplandecía en todas las miradas. Congregábanse alrededor del fuego y contaban y oían relatar viejas historias de los pasados días. Tranquila y sosegadamente descendió el padre a la tumba, y poco después le seguía al lugar del refrigerio la abnegada partícipe de todos sus cuidados y amarguras. Los escasos supervivientes se arrodillaban junto a la tumba y regaban con sus lágrimas la fresca hierba que la cubría; levantábanse luego y se alejaban de aquel lugar, dulce y tristemente, pero sin gritos de amargura ni desesperadas lamentaciones, porque sabían que habían de encontrarse en lo futuro y otra vez incorporábanse al mundo de los afanes, recobrando la alegría y el contento. Extendióse la nube sobre el cuadro y lo ocultó a la vista del sepulturero.

—¿Qué te parece eso?—dijo el duende, volviendo su ancha faz hacia Gabriel Grub.

Murmuró Gabriel algo así como que era muy lindo, y se pintó en su cara la vergüenza al dirigirle el duende sus ojos llenos de ira.

—¡Eres un miserable!—dijo el duende, en tono de profundo desprecio.

Parecía querer decir algo más, pero la indignación ahogó su voz, y levantando una de sus piernas, que eran extraordinariamente plegables, y volteándola un momento sobre su cabeza para asegurarar la puntería, administró a Gabriel Grub un buen puntapié, inmediatamente después de lo cual todos los duendes de escalera abajo se agruparon en derredor del mísero sepulturero y le golpearon sin piedad, siguiendo la costumbre inveterada de los cortesanos de la tierra, que pegan a quien pega la realeza y ensalzan a quien la realeza ensalza.

—¡Enseñadle algo más!—dijo el rey de los duendes. A estas palabras aclaróse la nube, descubriendo un rico y exhuberante paisaje, parecido al que hoy se ve a cosa de media milla de la vieja ciudad abacial. El sol brillaba en el azul y claro cielo; fulgía el agua bajo sus rayos, y los árboles parecían más verdes y más alegres las flores bajo su bienhechora influencia. Corría el agua en ondas rizadas con plácido murmullo; los árboles susurraban a favor de la brisa ligera que rozaba sus hojas; cantaban los pájaros sobre los pimpollos, y la alondra trinaba en lo alto, saludando a la mañana. Sí, era la mañana, la espléndida y embalsamada mañana estival; las hojas más diminutas, la más tenue brizna de hierba, palpitaban con el instinto de la vida; la hormiga se arrastraba en su afanosa labor cotidiana; revoloteaba la mariposa y se oreaba a los rayos del sol; miríadas de insectos extendían sus diáfanos élitros y gozaban la borrachera de su dichosa y fugaz existencia. Caminaba el hombre exaltado por el espectáculo, y todo era brillo y esplendor.

—¡Eres un miserable!—dijo el rey de los duendes, en tono más despectivo aún que anteriormente.

Y el rey de los duendes volteó su pierna nuevamente, y nuevamente la dejó caer sobre los hombros del enterrador, y los duendes pajes imitaron nuevamente el ejemplo de su soberano.

Muchas otras veces fué y vino la nube, enseñando muchas lecciones a Gabriel Grub, el cual, aunque se resentía de los hombros por las frecuentes caricias de los pies del duende, observaba todo con un interés nunca decreciente. Vió que los hombres que trabajaban rudamente y ganaban su escaso sustento con sus vidas laboriosas se sentían alegres y felices, y que aun para los más ignorantes era la dulce faz de la naturaleza un manantial perenne de contento y deleite. Veía que aquellos que habían sido amamantados y educados delicadamente sonreían ante las privaciones y se hacían superiores a los padecimientos que hubieran aniquilado a otros que se habían desarrollado en ambientes más rudos, porque llevaban dentro de sí los elementos de la felicidad y de la paz. Vió que las mujeres, las más tiernas y frágiles criaturas de Dios, se sobreponían generalmente a la amargura, al dolor y a la adversidad, y vió que ello consistía en que abrigaban en sus corazones un manantial inextinguible de afecto y ternura. Vió, sobre todo, que los hombres como él gruñían ante el optimismo y la alegria de los otros: eran hierbas malignas que crecían sobre la tierra; y poniendo en parangón todo el bien del mundo contra el mal, llegó a la conclusión de que era, después de todo, un mundo muy decente y respetable. No bien acabó de formarse este concepto, la nube que había hecho desvanecerse el último cuadro pareció envolver sus sentidos y arrullarle hasta dejarle dormido. Uno tras otro desaparecieron de su vista los duendes, y al perder de vista al último se quedó dormido.

Despertó Gabriel Grub al romper el día y encontróse tendido sobre la tumba plana, junto a la cantimplora vacía y con el abrigo, la pala y la linterna, cubiertos de blanco por la escarcha nocturna, desparramados por el suelo. La piedra que primero había sustentado al duende alzábase enhiesta frente a Gabriel, y no muy lejos hallábase la fosa en que por la noche trabajara. Al principio dudó de la realidad de sus aventuras; pero el dolor agudo que sintió en sus hombros al tratar de levantarse convencióle de que los puntapiés de los duendes no habían sido ideales, sino ciertos. Vaciló un tanto otra vez al no percibir en la nieve las huellas de los duendes que jugaran a la rana sobre las tumbas, mas comprendió inmediatamente lo natural del fenómeno recordando que, al ser espíritus, no habían de dejar tras de sí impresiones palpables. Púsose de pie Gabriel Grub con no poca dificultad, por el dolor que sentía en la espalda, y, sacudiendo la nieve de su gabán, se volvió a la ciudad.

Pero era otro hombre, y no podía hacerse a la idea de volver a un lugar en el que había de recelarse de su arrepentimiento y desconfiarse de su enmienda. Vaciló unos momentos y tomó otro rumbo, vagando a la ventura, con propósito de buscar el sustento en cualquier otra parte.

La linterna, la pala y la cantimplora encontráronse aquel día en el camposanto. Muchas fueron las conjeturas que se hicieron acerca de la suerte del enterrador en los primeros momentos, pero en seguida se dió por seguro que había sido arrebatado por los duendes, y no faltó testigo fidedigno que le había visto cruzando los aires a los lomos de un alazán tuerto, con ancas de león y cola de oso. Acabó por aceptarse ciegamente esta versión, y el nuevo enterrador enseñaba a los curiosos, por una modesta propina, un gran trozo de la giraldilla de la iglesia, que había sido desprendido por el mencionado caballo, en su aérea fuga y recogido por él mismo en el camposanto uno o dos años después.

Desgraciadamente, aquellas historias viéronse un tanto desautorizadas por la inesperada reaparición del propio Gabriel Grub sobrevenida diez años después en forma de un anciano reumático, andrajoso y alegre. Contó su historia al párroco y también al alcalde, y con el tiempo empezó o ser aceptada como asunto de cuento y tradición, en cuya forma ha llegado hasta nuestros días. Los que habían prestado crédito a la conseja de la veleta, después de haber colocado su fe en base tan liviana, renunciaron a desprenderse otra vez de aquella teologal facultad y miraban con gesto avisado y se encogían de hombros y se llevaban el dedo a las sienes, murmurando algo así como si Gabriel Grub se hubiera bebido toda la ginebra y caído sobre la tumba vencido por el sueño, y pretendieron explicar lo que él suponía haber presenciado en la caverna de los duendes, diciendo que el enterrador había visto el mundo y tornándose más discreto y prudente. Pero esta opinión, que nunca llegó a popularizarse, fué poco a poco perdiendo crédito, y, sea lo que fuere, como Gabriel Grub se vió aquejado del reuma hasta el fin de sus días, esta historia tiene al menos una moraleja, y es: que si un hombre se vuelve huraño y da en beber en la soledad, en tiempo de Pascua, puede prepararse a pasarlo mal, aunque el alcohol no sea tan bueno ni tenga tantos grados como los espíritus que vió Gabriel Grub en la caverna de los duendes.

CARLOS DICKENS

(De *Papeles Póstumos del Club Pickwick*. Se recomienda la edición de la «Colección Universal», Madrid).

Del libro *La hora de las ventanas iluminadas*

Arbol de cacao

Árbol de cacao:
cabaña de frescura en la tierra caliente,
en donde hasta el silencio se vuelve sonrosado
y donde sabe a cáscara de naranja la sombra.
Con una verdad bíblica exhalas
tus profecías de aroma!
De rodillas y con las manos juntas,
oyendo el rumor de las colmenas microscópicas
tu beatitud madura.
Lleno de pensamientos en almendra,
consignas en las páginas del aire
la novela de las tierras vírgenes
y hasta el olor de la jícara de las abuelas
en el comedor de puertas calladas
donde gotea el reloj de pared
como una media naranja.

Convento

Huele a rezo de monja la manzana inocente
cuando Sor golondrina dá el toque de maitines.
Quema un incienso azul la hierba transparente
y entre las ramas tiemblan alas de serafines.

Silencio abre las tapas de su devocionario...
Dice el grillo en latín la misa mañanera
en tanto llena el cubo, para el aseo diario,
el agua campesina que es la monja portera.

La dádiva

La tierra con las manos extendidas recibe
la dádiva de calcio de nuestros esqueletos.
Ya no puedo tocarte, descansando tan cerca!
No es ya para mi sed tu pozo de cabellos
y la larva derriba tu caliente edificio.
Hénos aquí a los dos, solemnemente atentos
a lo que nos murmura al oído la tierra.
Hubieras sido madre,
y tu fruto estuviera traspasado de miel
rodando hacia la tarde.
Me hubieras dado un hijo,
y se hubiera clavado en mi pecho hormigueante
la estaca de su grito!
Emparedados dentro de la tierra
que surcan con sus largos túneles los insectos,
entre un hervor oscuro la noche nos penetra.
Con el peso del mundo entre los párpados,
en la entraña florida hospedando un ser nuevo,
nuestro cuerpo de tierra se va desmoronando.

JORGE CARRERA ANDRADE.

Quito, Ecuador. - 1926.
(Lista de Correos).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica